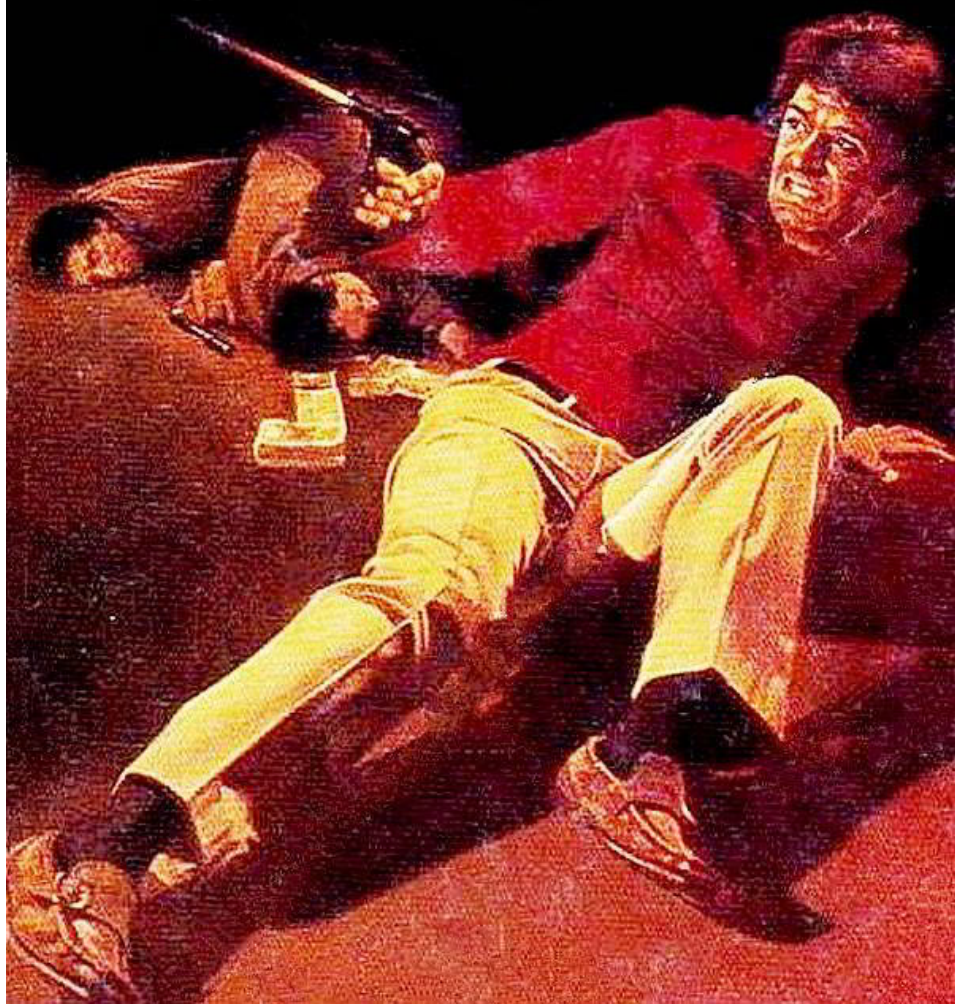


SERVICIO
SECRETO

SS

EL CASO «SESAMO» Clark Carrados



La había visto en muchos sitios, aunque nunca personalmente y menos tan de cerca. Para él, Dagmar Pelham lo tenía todo: juventud, belleza, inteligencia; era rápida, vivaz, sobresaliente en buen número de deportes, excelente pianista... Si hubiera querido dedicarse al canto en plan profesional, sería ya una estrella de ópera. Stuart Smith, con la copa en la mano, viéndola desde un rincón discreto del jardín en donde se celebraba la fiesta a la que asistía, se preguntó qué hada habría derramado todos sus dones sobre aquella hermosa muchacha.

No, se dijo, un hada sola no había sido. Imposible, se necesitaban al menos un centenar, o Dagmar Pelham no sería lo que era actualmente.



Clark Carrados

El caso «Sésamo»

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1523

ePub r1.0

Lds 20.01.19

Título original: *El caso «Sésamo»*

Clark Carrados, 1979

Cubierta: Norma

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

La había visto en muchos sitios, aunque nunca personalmente y menos tan de cerca. Para él, Dagmar Pelham lo tenía todo: juventud, belleza, inteligencia; era rápida, vivaz, sobresaliente en buen número de deportes, excelente pianista... Si hubiera querido dedicarse al canto en plan profesional, sería ya una estrella de ópera. Stuart Smith, con la copa en la mano, viéndola desde un rincón discreto del jardín en donde se celebraba la fiesta a la que asistía, se preguntó qué hada habría derramado todos sus dones sobre aquella hermosa muchacha.

No, se dijo, un hada sola no había sido. Imposible, se necesitaban al menos un centenar, o Dagmar Pelham no sería lo que era actualmente.

Lo único que Dagmar no había hecho hasta el momento era actuar en el cine o en el teatro, dos cosas que, al parecer, no le gustaban, al menos, como protagonista. Tampoco se conocían de ella historias escandalosas ni menos había aparecido desnuda en la página central doble de una revista de gran tirada.

A Smith le hubiera gustado ser un héroe. Alto, robusto, de anchos hombros, inteligente, astuto, leal para sus amigos, implacable para los enemigos, tirador mortífero con la pistola, invencible con la espada..., pero no era más que un hombre de aspecto corriente y de alrededor de treinta años, que ni siquiera podía explicarse aún cómo había surgido la invitación a la fiesta.

La única explicación posible era que la fiesta la daba su jefe, quien le apreciaba bastante, porque conocía su capacidad de trabajo y de iniciativa en cuestiones que requerían una rápida decisión en asuntos que no admitían demora. Stuart medía poco más del metro setenta y cinco, tenía el pelo castaño oscuro y los ojos de color

marrón. Su aspecto personal era tan corriente como el apellido. Se consideraba bueno en su profesión, pero, modesto, sabía reconocer que como él había infinidad de tipos y no se ufanaba en absoluto del puesto que ocupaba.

Era un poco tímido también, lo que le hacía ser algo introvertido. La única diversión que se proporcionaba fuera de las horas de trabajo era acudir a un gimnasio. Y los fines de semana, se dedicaba a recorrer a pie largas distancias por el campo, con la mochila a la espalda, pernoctando al aire libre si el tiempo lo permitía, en compañía de su perro, un chucho mestizo de indescriptible apariencia llamado «Ugly» («Feo»), Era el nombre adecuado para aquel perro, porque era feo como un demonio, pero fiel y cariñoso como pocos.

Al llegar a la residencia de su jefe, había sido presentado a Dagmar, quien le había mirado con el mismo interés que a una hormiga cargada con un grano de cebada. Stuart, en cambio, había sufrido una especie de choque eléctrico al sentir en su mano el contacto de la de Dagmar. Después de los saludos habituales en tales casos, se habían separado y ya no habían vuelto a cruzar una sola palabra más.

Dagmar, ciertamente, estaba encantadora, con un vestido azul, cerrado por delante, que dejaba la espalda enteramente al descubierto. La piel, ligeramente tostada, sin excesos, era el complemento perfecto de sus cabellos, que formaban un casco de oro bruñido. Aunque las bebidas corrían en abundancia, ella se mantenía en un envidiable estado de serenidad, en contraste con algunos de los invitados, que empezaban a dar ya muestras de desequilibrio.

Una o dos veces, las miradas de ambos se habían cruzado, pero Smith era demasiado timorato para acercarse a la muchacha, aunque creía que ella le había sonreído. De pronto, cuando menos lo esperaba, Dagmar se le acercó y le dirigió una cálida sonrisa.

—Señor Smith...

—Sí..., sí, señorita...

—He estado conversando con el señor Bickford y me ha hablado con gran entusiasmo de usted.

—El señor Bickford es muy amable, señorita.

—Me ha dicho que nunca ha tenido en su empresa un empleado

de su talla. Yo le he dicho, a mi vez, que quizá nos interesaría contratarle. Si el señor Bickford accediera a desprenderse de sus servicios, ¿qué contestaría usted a una proposición de empleo por nuestra parte? Naturalmente, hablo en nombre de nuestra compañía.

Smith estuvo a punto de desmayarse. ¡Ahí era nada, trabajar junto a Dagmar! Por lo menos, unos cuantos días a la semana... Trabaría relación con ella, la asesoraría, conversarían...

—Bu... bueno, si... si el señor Bickford accede... —tartamudeó.

—Le han hecho una buena oferta por su empresa y está pensando en retirarse de los negocios. Eso facilitaría las cosas, señor Smith. Por supuesto, mejoraríamos sus honorarios —dijo la muchacha.

—Siendo así, no habría inconveniente, señorita. Le agradezco mucho el interés que se ha tomado por mí.

Dagmar le dirigió una cálida sonrisa.

—Hablabamos de este asunto en mejor ocasión —se despidió.

Smith quedó flotando entre nubes de color rosa. ¿Era posible tanta felicidad en este mundo?, se preguntó.

Poco después, habló con Bickford y el anfitrión le confirmó lo que Dagmar le había dicho. Bickford manifestó sentirse ya un poco cansado de los negocios.

—He acumulado ya bastante dinero, muchacho; es hora de que empiece a disfrutar un poco de la vida —declaró.

Una postura muy juiciosa, calificó Smith *in mente*.

La fiesta continuaba. Por todas partes sonaban risas, mezcladas con la música que salía por los altavoces discretamente instalados y que permitía a las parejas bailar alegremente. Cuando había que cambiar el disco, se escuchaba música también, procedente de la fiesta que se daba en una residencia vecina, situada escasamente a trescientos metros de distancia. Era sábado y las autoridades tenían algo de tolerancia con los ruidos nocturnos, sobre todo, si se tenía en cuenta la clase de los habitantes de aquel barrio residencial.

De pronto, alguien se acercó al joven con una cámara en la mano.

—Amigo, ¿quieres hacernos una fotografía al grupo? —solicitó.

—Claro que sí —accedió Smith con una sonrisa.

—La cámara está ya preparada. Tiene *flash* incorporado. Basta

con que aprietes el disparador.

—De acuerdo.

Smith tomó la cámara en las manos y enfocó al alegre grupo de chicos y chicas que rodeaban a la hija del anfitrión, en cuyo honor se celebraba la fiesta. Más allá, en una zona relativamente penumbrosa del jardín, dos individuos hablaban animadamente, pero Smith no les prestó la menor atención.

El grupo se había situado demasiado cerca. Si accionaba el disparador desde donde estaba, algunos quedarían fuera de la imagen. Retrocedió lentamente, paso a paso, buscando el encuadre adecuado.

De pronto, chocó de espaldas contra una persona.

Sonó un agudo chillido. Alguien cayó a la piscina, justo en el momento en que apretaba el disparador.

Smith se volvió, mientras las risas estallaban a su alrededor. Aterrado, vio a Dagmar que surgía en aquel momento de las aguas, con el cabello chorreante y el vestido completamente empapado.

Las carcajadas eran atronadoras. El dueño de la cámara le palmeó efusivamente las espaldas.

—Pero ¡qué bueno, muchacho, qué bueno!

Le quitó la cámara, la cargó de nuevo y obtuvo una placa de Dagmar, aún en la piscina, lo que provocó más risas de los asistentes a la fiesta. Al fin, uno se compadeció de la muchacha y la ayudó a salir del agua.

Dagmar se encaró con Smith. En aquel momento, Smith hubiese querido que se lo tragara la tierra.

—¡Es usted un imbécil! —gritó Dagmar—. Pero ¿dónde se ha creído que está, patán asqueroso? ¿Piensa que ésta es una fiesta donde todo está permitido? ¡Usted debería estar con un arado en el campo, pero delante! ¡Porque ése es su sitio, el arado y el pesebre!

Smith se quedó con la boca abierta. La imagen que se había hecho de la bella Dagmar Pelham acababa de ser destruida en un instante, como un delicado jarrón de porcelana, que alguien hubiera destrozado a martillazos. El asombro que sintió, le impidió pronunciar una sola palabra, ni siquiera de disculpa.

Alguien se acercó a la enfurecida Dagmar y le pasó una mano por los hombros mojados. Era la señora Bickford.

—Ven, querida —dijo—. Esto es un accidente que puede

sucedarle a cualquiera. Te daré un vestido de mi hija...

Bickford se acercó al joven y le miró ceñudamente.

—Señor Smith, hablaremos el lunes en mi oficina —dijo con glacial acento. El joven asintió.

—Sí, señor.

Dio media vuelta y echó a andar hacia la salida, completamente hundido. Los sueños que había forjado en su imaginación acababan de estallar como una pompa de jabón pinchada con un alfiler.

* * *

Los dos hombres atravesaron el jardín con paso rápido, en dirección al lugar donde se oían voces, risas y música, bajo los farolillos venecianos. Eran tipos duros, de rostros pétreos y ojos helados. La animación de la fiesta les permitió llegar sin que nadie se fijara demasiado en ellos.

Un camarero, cargado con una bandeja llena de copas, les ofreció de beber, pero ellos rechazaron el ofrecimiento secamente. De pronto, uno de los dos tocó en el codo a su compañero.

—Míralo —susurró.

A poca distancia había un hombre joven, de brillante pelo casi negro, y regular estatura, charlando con unas muchachas. Los dos sujetos se acercaron al joven.

De repente, una de las chicas lanzó un agudo alarido. El joven del pelo brillante se volvió.

Una expresión de terror apareció en sus ojos al ver las pistolas encañonadas directamente a su cuerpo. Desde dos metros de distancia, los pistoleros abrieron fuego.

Cada uno de ellos hizo cinco disparos, que alcanzaron de lleno el cuerpo de la víctima. Los invitados, presas de pánico, se dispersaron, lanzando terribles alaridos. El joven cayó, fulminado por las balas.

Los pistoleros hicieron todavía algunos disparos más, ahora al aire, a fin de evitar que nadie se les acercase. Luego dieron media vuelta y echaron a correr.

—Ese hijo de perra está ya listo —dijo uno.

—Se lo merecía, como el padre —contestó el otro.

Fuera de la casa, había un automóvil, con el motor en marcha, y

un hombre al volante.

El coche arrancó apenas los dos pistoleros estuvieron en el asiento posterior.

—¿Ha salido bien? —preguntó el conductor.

—Perfecto. Ni siquiera se han oído los disparos. La música estaba a todo volumen —contestó uno de los pistoleros, mientras se arrellanaba satisfecho en el asiento—. Hemos enviado a un bastardo al infierno —añadió el otro.

* * *

Smith salió de la casa de Bickford, totalmente abrumado por la desgracia que le había caído encima. No sólo no iba a trabajar junto a Dagmar, sino que, además, podía dar por finalizado su empleo con Bickford. Se preguntó quién querría contratarle después de aquello.

Pero no tuvo tiempo de continuar con sus amargos pensamientos. Súbitamente, notó que dos hombres se le situaban a ambos lados.

—Vamos, muchacho —dijo uno.

Smith respingó.

—Eh, ¿qué demonios...?

Algo presionó contra su costado derecho.

—Esto es una pistola —dijo el otro sujeto—. O vienes con nosotros o llevamos tu cadáver.

Aquello iba en serio, pensó Smith. Era ya de noche y el lugar estaba desierto en aquellos momentos.

—Está bien —dijo—. Pero creo que se equivocan...

Sonó una risita.

—Tiene buen humor —exclamó uno de los pistoleros.

—Siempre fue un tipo divertido —contestó el otro.

En pocos segundos, Smith se vio en el interior de un enorme «Cadillac» negro, sentado en el asiento posterior, flanqueado por los dos matones. El chófer, impassible al otro lado de la mampara de vidrio, arrancó de inmediato.

Las ventanillas laterales, así como la luneta posterior, quedaron cubiertas por unas espesas cortinas. También el cristal que permitía ver el departamento anterior. En el techo se encendió una luz.

—¿Puedo saber, al menos, adónde me llevan, caballeros? — preguntó Smith cortésmente.

—Ya lo sabrás, muchacho —fue la seca respuesta que le dieron.

Smith empezó a especular acerca de la suerte que le aguardaba. Le iban a asesinar, fue lo primero que se le ocurrió. Pero ¿por qué? ¿Qué mal había hecho él a nadie? Era un simple empleado, que conocía algunos Secretillos comerciales, aunque no justificaban en modo alguno el asesinato.

Tampoco le parecía que fuese el castigo por el accidente causado a Dagmar. Y si era un secuestro por dinero, poco iban a sacar. Tenía unos ocho mil dólares ahorrados, menos de lo que valía aquel lujoso automóvil.

Resignado, decidió esperar sin hacer preguntas. Por supuesto, si se trataba de un asesinato, no iba a dejarse matar como un cordero. No, señor.

CAPÍTULO II

La casa estaba muy lejos de la ciudad. O, por lo menos, habían empleado casi tres horas en el viaje, acaso dando rodeos para despistarle. Eran casi las dos de la madrugada cuando, al fin le hicieron salir del coche y lo llevaron en volandas hasta el edificio frente al cual se habían detenido.

Era una casa antigua, bien decorada. Un hombre de enorme estatura y cabeza ridículamente pequeña, abrió de inmediato.

—¿Cómo está el jefe, Lou? —preguntó uno de los pistoleros.

—Acabándose, Dino —contestó el gigante.

—Vamos, aprisa —exclamó el otro pistolero.

Los pies de Smith apenas tocaban el suelo cuando subían al primer piso. Momentos después, los tres entraban en un vasto dormitorio, donde se hallaba un hombre tendido en una cama de enormes dimensiones, cubierta por un dosel de terciopelo rojo, con adornos en oro.

A Smith le pareció un decorado pretencioso, propio de un nuevo rico. Pero su atención se centró casi de inmediato en el hombre que yacía en la cama, cuya cara aparecía tan blanca como las sábanas que le cubrían.

Estaba desnudo de cintura para arriba y tenía una ancha venda que le rodeaba el tórax, negro y velludo. En la venda había manchas de sangre.

Smith no lo había visto nunca personalmente, pero lo reconoció de inmediato. Aquel individuo, que parecía hallarse a las puertas de la muerte, era el famoso Al Simoni, el terrible *gángster* de quien se contaban mil historias siniestras y que nunca había sufrido las consecuencias de sus innumerables violaciones de la ley.

—Jefe —dijo Dino—, aquí está «él».

Simoni abrió lentamente los ojos y se esforzó por mover una mano.

—Dejadme solo con él.

—Sí, jefe.

Smith se volvió hacia los pistoleros.

—Oigan, que yo no...

Dino le lanzó una furiosa mirada.

—Atiéndalo. —Se le acercó al joven y le asió por las solapas de su traje—: Está muriéndose. Lo último que pidió fue verle a usted, ¿entiende?

—Sí... sí, claro...

—Vamos, acérquese a la cama y pórtese como un hombre.

Dino y su compinche salieron de la estancia. Smith se ajustó maquinalmente el lazo negro de su traje de etiqueta y dio unos pasos hacia adelante.

La mano de Simoni se alzó lentamente. Sus ojos estaban entrecerrados; Smith calculó que apenas veía ya.

—Muchacho... me voy al otro mundo... Esta vez... acertaron...

—Espere, llamaré a un médico...

La mano del moribundo, convertida repentinamente en una garra, se apoderó de la de Smith.

—Quiero decirte algo muy importante —jadeó Simoni—. No... no quiero que esos hijos de puta se aprovechen... Eres lo único que me queda en este mundo... Ya sé que nunca has aprobado lo que hacía, pero...

—Oiga, a mí parece que...

—Tonio, escribe lo que voy a dictarte. Rápido, me... me voy...

Smith tenía la seguridad de que se trataba de una confusión, pero puesto que aquel desdichado iba a morir muy pronto, decidió no sacarle de su error. Aparte de que iba a costarle muy pronto, decidió no sacarle de su error. A parte de que podía costarle caro.

Simoni estaba muriéndose en una casa, situada en algún lugar muy retirado. No había un médico allí, ni era probable que lo hubiesen llamado. El asunto debía de haberse puesto muy feo para el *gángster* al ser herido, por lo que ni siquiera había querido que lo trasladasen a un hospital. Por tanto, si trataba de hacer ver su auténtica personalidad, lo más probable era que le pegasen un tiro, para que no pudiera repetir a la policía lo que había visto.

—Está bien, lo apuntaré —dijo.

Hurgó en sus bolsillos y pudo encontrar una tarjeta de visita y un lápiz.

—Cuando quiera —invitó.

El moribundo dijo algo sorprendente:

—119, 40, 27... 37, 38, 15... La clave es... «¡Abrete, Sésamo!».

Smith miró incrédulamente a Simoni. «La agonía le hace desvariar» pensó, a la vez que guardaba la tarjeta en el bolsillo.

—Ya está —dijo.

Simoni le tendió la mano.

—Usa... lo que hay allí, para mandarlos a todos... a la mierda...

Para Smith, todo aquello resultaba incomprensible. Pero, de repente, antes de que pudiera decir nada, Simoni lanzó un pequeño grito y pataleó convulsivamente durante unos segundos. Luego, de forma brusca, se quedó quieto, con la cabeza ladeada y la boca deformada por una horrible mueca.

El joven emprendió una prudente retirada. Cuanto antes se marchase de allí, mejor, se dijo.

Abrió la puerta y salió al corredor. Dino y el otro estaban en el vestíbulo y alzaron la vista de inmediato. Smith descendió lentamente, afectando una expresión de profundo pesar.

—Ya —dijo solamente.

La cabeza de Dino cayó sobre su pecho. Gruesos lagrimones brotaron de los ojos del otro pistolero.

—Voy... Siento que necesito tomar un poco el aire... —dijo Smith, sin abandonar su aire de aflicción.

Lou, el gigante, que permanecía junto a la puerta, le estrechó la mano y puso la otra sobre sus hombros, a la vez que decía:

—¡Valor!

—Gracias —contestó el joven.

De pronto, se abrió otra puerta en el lado opuesto del vestíbulo, y apareció una mujer, de unos treinta y cinco años, bastante guapa, y de cuerpo exuberante.

—El jefe ha muerto, señora —informó Dino.

Ella tenía la vista fija en Smith.

—¿Quién es? —preguntó.

—Tonio, señora.

—¿Tonio? Pero ¿qué broma es ésta?

Smith empezó a presentir que allí fallaba algo y escapó a través de la puerta, hacia el coche parado a pocos pasos de distancia. Detrás de ellos, la mujer gritaba coléricamente:

—Pero ¿sois tontos? ¿Conozco bien a Tonio y sé que ese hombre no era? ¿De dónde lo habéis sacado?

Dino y sus compinches se miraron desconcertados. De pronto, se oyó el rugido de un motor.

—¡Vamos, aprisa! —chilló la mujer, en el paroxismo de la cólera—. Sea quien sea, que no se os escape.

Dino y el otro corrieron hacia la explanada. Las luces rojas de cola del «Cadillac» se alejaban rapidísimamente, precedidas por las de los faros delanteros, que despejaban la oscuridad del camino.

Dino se desanimó en el acto:

—No le alcanzaremos; ninguno de los otros coches es tan rápido —exclamó.

* * *

Estaba seguro de que iba a ser despedido, por eso acudió a la oficina vestido un tanto descuidadamente: camisa a cuadros, cazadora de loneta y pantalones vaqueros. Recogería sus cosas y se iría unos días al campo con «Ugly». Los dos, hombres y perro, lo pasarían bien.

Con las manos en los bolsillos de la cazadora, entró en su despacho, media hora más tarde de lo habitual. Abrió los cajones y empezó a recoger sus objetos personales. Luego, de un armario, extrajo una bolsa de fuerte tela y empezó a meter allí las cosas.

De pronto, se abrió una puerta.

—Stuart, creí que ya no vendría —dijo Bickford—. He llegado a pensar que estaba enfermo.

—No, señor, gracias a Dios, mi salud es estupenda. —Smith metió una cigarrera en la bolsa, ajustó los cordones y se la colgó del hombro—. Señor, le ruego me envíe el cheque de mis honorarios por correo.

Bickford le contemplaba con la boca abierta.

—Pero ¿qué tonterías está diciendo? —exclamó—. ¿Adónde diablos se va con esa bolsa, como si fuese un pordiosero?

—He terminado aquí, señor.

—A usted le ha sentado mal el fin de semana. —De pronto, Bickford creyó adivinar la verdad y se echó a reír—. ¿Es que acaso pensó que iba a despedirle?

—Bueno, me pareció...

Bickford hizo un gesto con la mano.

—Vamos, muchacho, entre —dijo amistosamente—. Lo que sucedió no tiene la menor importancia, sobre todo, si la persona interesada no se la concede. Deje la bolsa y venga a mi despacho.

Terriblemente intrigado, Smith hizo lo que le decían. Cruzó el umbral y se detuvo a los dos pasos, petrificado como una estatua.

—Hola —sonrió Dagmar.

Durante unos segundos, Smith no supo qué decir. La joven, sentada frente a la mesa de despacho, le miraba con una chispa de malicia en los ojos.

—¿Se ha vuelto mudo? —preguntó.

Smith carraspeó.

—Ejem, yo... bueno, quiero pedirle perdón...

Dagmar se levantó impulsivamente.

—Soy yo la que debe pedirle perdón, señor Smith —declaró—. La verdad es que me porté con absoluta grosería, sin darme cuenta de que usted no lo había hecho intencionadamente. Estaba muy furiosa y pronuncié palabras de las que ahora me arrepiento muy sinceramente. —Alargó la mano—. ¿Me perdona usted?

Smith forzó una sonrisa.

—Pues claro, señorita, no faltaría más —contestó.

Bickford se echó a reír.

—Así está mejor, —dijo—. Stuart, muchacho, ella tiene que decirle algo importante. —¿Sí, señorita?

Dagmar se volvió hacia Bickford.

—Usted ya conoce el tema —manifestó—. Si no le importa, preferiría hablar con el señor Smith en otro sitio.

—Por supuesto, Dagmar.

—Gracias. Cuando quiera, señor Smith —dijo la muchacha, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

—Vaya con ella y no se preocupe de más —indicó Bickford.

—Sí..., sí, señor —contestó el joven, sintiendo que la cabeza le daba vueltas.

Entraron en el ascensor. Dagmar dijo algunas cosas, pero él ni se

enteró siquiera, arrobado en su contemplación. Vestida con un sencillo traje de hilo blanco, con algunos toques de color azul en el cuello y puños, Dagmar era la viva estampa de la juventud y la belleza.

Para asombro suyo, Dagmar usaba un hada sofisticado «Volkswagen», con la pintura desconchada en algunas partes y varias abolladuras. En el costado izquierdo llevaba la sorprendente inscripción de «¡Viva el amor libre!». En el derecho había otra; «Dinero, no. Paz, sí». Smith, conservador *per se*, se sintió horrorizado. «Esta chica me va a resultar una millonaria de tendencias extremistas», pensó.

—No es mío, sino de mi hermana Winifred —dijo Dagmar, adivinando sus pensamientos, a la vez que abría la portezuela.

—Oh...

—Se lo he quitado, porque no quiero que lleve el coche, hasta después de que se lo hayan pintado.

—Es usted autoritaria —comentó él.

—Sólo cuando lo merece la ocasión —respondió Dagmar. Ya estaban sentados y accionó la llave de contacto—. ¿Dónde le parece que podemos hablar con absoluta discreción, señor Smith?

El joven meditó un instante. Luego dijo:

—Pues... si no le parece mal, mi casa está bastante cerca.

—¡Estupendo! ¿Quiere guiarme, por favor?

—Con mucho gusto, señorita Pelham.

CAPÍTULO III

La casa estaba rodeada por un pequeño jardín, enmarcado por una valla de madera, pintada de blanco. «Ugly» iba por todas partes, husmeando aquí y allá, y al ver a su amo, corrió hacia él, meneando alegremente la cola. El joven le acarició la cabeza.

—Saluda a la señorita Dagmar, «Ugly».

—Hola, chucho —dijo la joven.

Smith recosió el periódico, caído en el sendero central, y siguió andando.

—Hablares en mi despacho. Sarah, la asistente, se enfadaría muchísimo si nos quedásemos en otro sitio, antes de que ella hubiese terminado la limpieza —dijo.

—Claro —contestó Dagmar comprensivamente.

Smith hizo que «Ugly» se quedara en el jardín. Una vez en el interior de la casa, pidió a Sarah que les llevase café al cuarto de trabajo. La mujer miró especulativamente a Dagmar y sonrió.

—Tiene usted muy buen gusto, señor Smith —dijo.

—La señorita Pelham y yo vamos a hablar de... de negocios —carraspeó el joven.

—Sí, claro. Ahora les llevaré el café.

En el despacho, Smith indicó a Dagmar una butaca. El pasó al otro lado de su mesa.

Todavía tenía el periódico en la mano.

—Verá, Stuart... ¿Me permite que le llame así? —consultó la joven.

—Eh... Oh, sí, claro...

—Puede llamarme por mi nombre... Pero ¿qué le pasa?

Dagmar se había sentido repentinamente extrañada al ver la expresión surgida en el rostro de Smith, quien había desplegado el

periódico con bruscos ademanes, después de ver el nombre de Simoni encabezando una información de primera página. La noticia decía:

TONIO SIMONI, ACRIBILLADO A BALAZOS.

SOSPECHASE TAMBIEN ASESINATO SU PADRE

El periódico daba una amplia reseña de lo sucedido en la fiesta en la que Tonio Simoni había sido asesinado por unos desconocidos. Los testigos no coincidían absolutamente en la descripción de los pistoleros. Unos decían que habían sido dos, uno altísimo y el otro enano; otros aseguraban que los asesinos eran tres, todos armados de metralletas; no faltaba quien aseguraba que uno de los asesinos era mujer... Pero de lo que no cabía duda era de la muerte instantánea de la víctima.

En cuanto al padre, Al Simoni, se sabía que un desconocido había atentado contra su vida, hiriéndole de gravedad, pero nadie había vuelto a verle después del suceso. La policía sospechaba que Simoni estaba escondido en alguna parte y tal vez ya muerto.

Al leer aquellas noticias, Smith recordó algo que había olvidado en las horas precedentes. Todavía, pensó, tenía en el traje de fiestas la tarjeta con las indicaciones cifradas, proporcionadas por un moribundo que le había creído su hijo. Y si lo había olvidado, era porque había tratado de despreocuparse de un asunto, que le había asustado como nunca hasta entonces.

Sarah entró con una bandeja en las manos y se retiró.

—Stuart, todavía no me ha dicho nada —exclamó Dagmar, un tanto impaciente.

—Oh, perdone. —Smith dejó el periódico a un lado—. Soy un grosero...

—¿Estás preocupado por algo? —sonrió Dagmar.

—No, no es nada... ¿Cómo quiere el café?

—Póngale un terrón de azúcar, gracias.

Transcurrieron unos minutos. Dagmar sacó cigarrillos y fumaron. Luego, ella abrió el bolso.

—Están haciendo chantaje a mi hermana —declaró sorprendentemente—. Y yo quiero que usted lo evite, Stuart.

Smith parpadeó al oír aquellas palabras.

—Pero..., señorita, yo no soy un policía...

—Escuche —rogó ella—. Todavía no he terminado de hablar. En realidad, apenas he empezado. Yo no le pido que investigue quiénes son los chantajistas; sólo quiero que me ayude a contrarrestar sus acciones.

—Muy bien, adelante, pues.

Dagmar sacó el bolso una fotografía, que tendió al joven.

—Mire, esa chica es Winifred, cuando aún no había cumplido los diecisiete años —explicó—. La fotografía, indudablemente, está obtenida con teleobjetivo, pero se aprecia con toda claridad la identidad de mi hermana. Como puede apreciar, está recibiendo un paquete de manos de un individuo, actualmente condenado a varios años de prisión por asalto a mano armada, malos tratos a la persona, venta de objetos robados y otras lindezas. También se sospecha de él que es traficante de drogas, pero eso no se le ha podido probar.

—Siga —pidió Smith.

—Recibimos la fotografía hace pocos días, con una extraña petición. Quieren que demos empleo a un tal Andrew Broxton, en calidad de contable jefe, puesto que está vacante en la actualidad. Como tal contable jefe, Broxton tendrá derecho a examinar todos los libros de la empresa y a dirigir a su antojo las anotaciones que se hagan en ella.

¿Comprende?

—Todo eso es muy raro. ¿Para qué quieren una cosa así, Dagmar?

—No estoy muy segura, pero, en general, una empresa suele estar en manos de los que llevan la contabilidad.

—Eso sí es cierto —admitió Smith.

—Por ahora, no estamos en situación de evitar el escándalo —continuó la joven—. Pero a mí se me ha ocurrido una idea. Quiero que entre usted a trabajar como simple amanuense. Broxton llevará los libros oficialmente y hará en ellos lo que quiera. Usted tendrá los auténticos, los que desmentirán en su día cualquier operación ilegal que él pueda realizar para sus compinches. Y cuando esté

segura de que Winifred ya no puede sufrir ningún daño, lo echaré a la calle sin más contemplaciones. Después de haberle refregado por las narices los libros auténticos, claro.

—No es mala idea —murmuró el joven—. Aunque hace ya tiempo que no desempeño esas funciones, puedo hacerlo tan bien como el primer día.

—Celebro que esté de acuerdo conmigo —sonrió la joven—. Por supuesto, tendrá un sueldo bajo, oficialmente; pero recibirá el complemento de nuestra cuenta privada, en la cual Broxton no tiene el menor control. Broxton debe empezar a trabajar el lunes próximo. Usted llegará antes.

—Sí, pero, dígame... ¿Qué presión puede ejercer con ustedes con sólo una fotografía tan inofensiva?

Dagmar enrojeció.

—Hace algunos meses, la policía sorprendió a Winifred en una reunión donde se fumaba marihuana y algunos hasta se inyectaban drogas. Pudimos sacarla mejor o peor del asunto, y creíamos que se había enmendado, cuando recibimos la fotografía. Si nos negamos, enviarán a la policía las pruebas de que ese hampón es un traficante de drogas y que Winifred colaboraba con él. Mi hermana jura que ese día, el traficante le entregó un libro, pero ¿quién la creería en un juicio, con los antecedentes del sujeto y las pruebas que pudiera presentar la policía?

—Nadie —convino Smith—. De modo que eso es lo que quiere de mí.

—Sí. ¿Lo hará?

—Ciertamente.

Ella sonrió, muy aliviada.

—Tenemos un buen puesto para usted, cuando este horrible asunto haya terminado —aseguró—. Quizá tardemos algunos meses, pero usted sabrá tener paciencia, me imagino.

—No se preocupe —contestó Smith—. Usted piensa que en ese tiempo, habrán echado el guante al chantajista.

—Es que, entonces, haremos chantaje al chantajista.

Smith rió suavemente.

—Buena idea —exclamó—. Cuente conmigo, Dagmar.

La joven se puso en pie.

—¿Cuándo puede empezar? —consultó.

—Oh, mañana mismo, si le parece.

De pronto, Dagmar pareció recordar algo y volvió a abrir el bolso de nuevo.

—Olvidaba una cosa —dijo.

Sacó dos fotografías y las puso sobre la mesa. Smith las contempló con suma atención. En una de ellas, aparecía el grupo de muchachos que él había captado con la cámara. Al fondo, junto a un seto, en la oscuridad, se divisaban dos hombres, uno de ellos notablemente más bajo que el otro, pero no eran los protagonistas de la escena, evidentemente.

En la otra fotografía, se veía a Dagmar en el agua, con los cabellos chorreantes y la boca abierta coléricamente.

—Quédesela —rogó la joven—. Es el castigo que me impongo a mí misma, por haber perdido los estribos de forma tan irracional. Pero acababa de sorprender a Winifred con un cigarrillo de marihuana en la mano.

—¿Sigue aún con el vicio?

—Eso parece —suspiró Dagmar.

—Procuraremos curárselo —dijo él.

Dagmar arqueó las cejas.

—¿Conoce algún procedimiento? —se sorprendió.

—Puede —contestó Smith evasivamente. Agarró la fotografía y la hizo pedazos—. Olvide lo que sucedió, Dagmar.

—Gracias, Stuart —dijo ella, muy conmovida.

Smith le devolvió la otra fotografía.

—Nos veremos mañana —sonrió.

Dagmar se marchó unos minutos después. Al quedarse solo, Smith volvió a leer el periódico.

¿Cómo habían podido confundirle con Tonio, el hijo de Simonio?, se preguntó, terriblemente desconcertado.

* * *

Andrew Broxton era un tipo de mediana edad, muy cortés, de voz meliflua y blandos ademanes, quien rogó a todo el mundo le llamasen Andy y le considerasen servidor de cuantos trabajaban en las oficinas. Vestía con gran atildamiento y fumaba unos cigarrillos turcos, con boquilla dorada, cuyo olor resultaba a veces

nauseabundo, de tan mareante.

Una de las primeras cosas que hizo Broxton fue exigir una caja fuerte para él solo, cosa a la que accedió Dagmar. Por tanto, todos los días, Broxton encerraba los libros en la caja, una vez terminado el trabajo cotidiano, sin que nadie más tuviera acceso a ellos.

Al cabo de una semana, eligió a Smith como su principal colaborador. Smith hacía las anotaciones bajo su dirección, pero el joven tomaba copias de todos los asientos. Por las noches, en su casa, llenaba los libros reales, cosa que le representaba un notable aumento de trabajo.

Sin embargo, no se quejaba. Por Dagmar, habría sido capaz de cualquier cosa.

Dos meses después, Broxton declaró estar muy contento de sus servicios y le dijo que iba a proponerle para un aumento de sueldo. El joven agradeció el gesto con frases muy corteses. Broxton, condescendiente, le dio un par de palmadas en los hombros.

—Usted se lo merece, amigo Smith —dijo.

Aquella misma noche, cuando más enfrascado estaba en su tarea, llamaron a la puerta. «Ugly» ladró. Smith abandonó el trabajo y salió a abrir.

Era Dagmar.

—Hola —sonrió la joven—. ¿Cómo va todo?

«Ugly» saltaba a su alrededor, meneando alegremente el rabo. Dagmar se arrodilló para acariciarle afectuosamente.

—Es feo, pero muy simpático —dijo.

—Lo encontré abandonado, cuando era un cachorrillo, que sólo podía tomar leche —explicó el joven—. Pero usted puede tomar algo mejor, supongo.

—Sólo dos dedos y con mucho hielo —aceptó Dagmar.

Smith sirvió las bebidas.

—Todo marcha perfectamente —dijo—. Pero ¿cuándo se levanta la tapa del pastel?

—Todavía es pronto. Broxton sólo ha metido los pies. Queremos que se hunda hasta el cuello.

—¿Qué pasará si sus compinches se niegan a tornar parte en el juego y deciden seguir adelante?

—No creo que ocurra nada. En mi opinión, y después de haber oído los informes de la agencia de detectives que hemos contratado,

Broxton es el autor del plan. Tiene cómplices, desde luego, pero son meros subordinados suyos.

—Comprendo.

—Broxton estará todavía algunos meses. Un día, se descubrirá un desfalco importante, algo así como medio millón. Nos lo dirá claramente, pero no podremos denunciarle. Es decir, no podríamos, si no tuviésemos los libros auténticos que usted lleva al día.

—El tipo ese quiere ganar medio millón en menos de un año — se indignó Smith.

—Es un bonito plan, hay que admitirlo. Pero cuando le amenacemos con la cárcel, tendrá que devolver la fotografía y el negativo. No le dejaremos otra alternativa.

—Seguro —dijo el joven—. Por cierto, ¿ha pintado ya el coche de Winifred?

—Sí —sonrió Dagmar—. Oiga, ella ya no fuma marihuana. ¿Cómo lo ha conseguido?

Smith sonrió maliciosamente.

—Fui a verla y se dijo: «Jovencita, o dejas ese horrendo vicio o te daré tal paliza, que vas a tener que estar tumbada boca abajo durante un mes». Y me hizo caso.

Dagmar le miró incrédula.

—Winifred no me ha hablado en absoluto de usted —dijo.

—Es una chica discreta.

—Hablaré con ella esta noche. Porque, en confianza, hay algo que me extraña, Stuart.

—¿Sí?

—Todos los días, a las seis de la mañana, ya está en pie, con ropa de entrenamiento gimnástico. Y no vuelve hasta las ocho, poco menos que agotada y envuelta en sudor.

Tengo que saber qué hacer y adónde va...

—Seguramente, hace *jogging*, ya sabe, marcha a paso ligero.

—Sí, seguro.

Hubo un instante de silencio. Luego, Dagmar añadió:

—Bueno, tengo que irme. Gracias, Stuart.

—No hay de qué, Dagmar.

Aquella noche, Dagmar durmió muy poco. A las seis de la mañana, se levantó y corrió a la ventana.

Winifred, con chandal de entrenamiento de color rojo vivo, salía

de la casa en aquel momento. Atravesó el jardín y se unió al hombre que acababa de abandonar el automóvil parado junto a la acera. Luego, los dos, con los codos pegados al costado, se alejaron en dirección al parque vecino.

«Ugly» trotaba con la pareja. Dagmar sonrió complacida.

Luego, sin saber por qué, se sintió incómoda de haber visto a su hermana con Stuart y el perro.

CAPÍTULO IV

Trotaban rítmicamente, sin cambiar una sola palabra, seguidos infatigablemente por «Ugly», cuando pasaron por delante de un automóvil negro, en el que había dos hombres con evidente cara de sueño. Pero, súbitamente, uno de ellos, Dino Cappa, se despabiló, irguiéndose en el asiento.

—¡Cristo! ¡Es él! —exclamó.

A su lado, Ralph Venice, todavía dormido, masculló una palabrota.

—¿Qué ocurre, Dino?

—Despierta, tonto. Acabo de ver al tipo que se hizo pasar por Tonio.

Venice se enderezó en el acto.

—¿Dónde está? —exclamó.

—Mira, allí va, con aquella pelirroja.

Venice divisó las dos figuras, roja una, azul la otra, que se alejaban por el sendero del parque.

—¿Seguro, Dino?

—Absolutamente. No olvidaré esa cara en todos los días de mi vida —respondió Cappa, a la vez que hacía arrancar el motor del coche.

—Dino, teníamos que vigilar a...

—¡Al diablo con ese tipo! El impostor es mucho más importante. Y vamos a seguirlo, para saber dónde vive.

El coche aceleró un poco y luego rodó a marcha lenta, a prudente distancia de los dos deportistas. Un cuarto de hora más tarde, Smith y Winifred salieron del parque, sin saber que eran seguidos.

Cappa tenía los ojos fijos en la pareja, por eso no vio la

camioneta de reparto de la leche que se le echaba encima, hasta que fue demasiado tarde. Los dos vehículos colisionaron en ángulo recto. El coche de los matones fue a parar de nuevo al interior del parque, con una tremenda abolladura en el lateral izquierdo. Cappa perdió el sentido inmediatamente.

El lechero se apeó, tremendamente furioso, porque consideraba culpable al conductor del coche negro. Venice, que había salido ileso, no se sentía menos irritado.

El lechero era un hombre tremendamente musculoso y su ira se acrecentó doblemente al oír los insultos que le dirigía Venice. Inmediatamente, le dio su respuesta con los puños. Luego intervino la policía.

Mientras, Smith y Winifred, ignorantes de lo que sucedía, llegaban a la casa de la primera. La chica sonrió.

—Una buena sesión, señor Smith —comentó.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él.

—Mucho mejor, sin duda alguna.

—Lo celebro. ¿Ya no sientes deseos...?

Winifred sacudió la cabeza y sus rizos de color fuego se agitaron agradablemente.

—Tengo en mi mesa media docena de cigarrillos. En cualquier otra ocasión, me los habría fumado casi seguidos. Ahora los miró... con el mismo deseo que miraría una hoja de árbol caída en el suelo.

—Tíralos al sumidero —aconsejó él.

Sí, señor. ¡Hasta mañana!

—Adiós, Winifred.

Dagmar había observado la escena desde la ventana del comedor, en donde terminaba de desayunar en aquel momento. Winifred entró y se abalanzó sobre las tostadas y la mantequilla.

—Estoy muerta de hambre —confesó.

—¿Qué tal tu entrenador? —sonrió Dagmar.

—Un hombre maravilloso, querida. Me siento... como nueva desde que hago deporte.

—Es curioso, nunca fuiste demasiado madrugadora. ¿Cómo lo ha conseguido él?

—Vino a buscarme, me lo propuso, pidiéndome que hiciese el esfuerzo durante una sola semana... y ya llevo ocho.

—¿Ya no sientes necesidad de marihuana?

—Ni siquiera de tabaco corriente —respondió Winifred.

Dagmar se levantó y cogió su bolso.

—No sabes cuánto me alegro, cariño —dijo—. Procura darte prisa o llegarás tarde a la Universidad.

—Adiós, tirana —rió la chica alegremente.

Dagmar, ataviada con cierta severidad, salió de la casa y subió al coche que la llevaría a la oficina. Pero, de pronto, sintió cierta comezón y se desvió de su camino habitual, para dirigirse a casa de Smith.

En aquellos momentos, Smith terminaba de ducharse. Una vez seco, se vistió y empezó a desayunar, en compañía de «Ugly». Estaba terminando, cuando llamaron a la puerta.

El perro ladró.

—Cállate, «Ugly» —ordenó Smith.

Se levantó, abrió y vio a dos hombres parados ante la puerta.

—¿Stuart Smith? —dijo uno de ellos.

—Sí...

—Acompáñenos.

Smith miró con recelo a los dos sujetos.

—¿Policías? —preguntó.

Uno de los sujetos le enseñó un revólver.

—Mi amigo lleva otro —dijo escuetamente.

—Eso significa que debo seguirles.

—Exactamente. ¿Vamos?

Smith se volvió hacia el perro, que miraba curiosamente al grupo, sentado sobre sus patas traseras.

—Cuida de la casa, «Ugly».

Tranquilamente, echó a andar hacia el coche que aguardaba junto al bordillo, flanqueado por los dos sujetos. Se preguntó si serían esbirros de Simoni. Pero no, el *gángster* había muerto y su imperio se habría disuelto como el azúcar en una taza de café.

Dagmar llegaba en aquel momento y lo vio entrar en el coche negro. La joven sintió un fuerte choque.

Aquello le ocurría a Stuart por su culpa. De alguna forma, Broxton se había enterado del papel auténtico que el joven desempeñaba en la empresa y se proponía eliminarlo. Sin pensárselo dos veces, se lanzó en persecución del automóvil negro.

Hora y media más tarde, Smith era introducido en una casa de excelente aspecto y conducido a un salón en el que había sentado un hombre en un ostentoso sillón de alto respaldo. Era un sujeto de unos cincuenta años, rostro mofletudo y ojos acuosos.

—¿Como está, señor Smith? —saludó el individuo—. ¿Ha sufrido algún daño durante el viaje?

—No, salvo el de la duda corrosiva que se había apoderado de mi ánimo —contestó el joven con buen humor—. ¿Me matarán? ¿No me matarán? Pero como no tenía una margarita a mano, para deshojarla...

El gordo se echó a reír.

—Es usted un tipo magnífico —dijo—. Me llamo... Brown. Le presento a mis dos hombres de confianza, Gary Rohrsball y Uddo Malley.

—¡Hola, chicos! —saludó Smith desenvueltamente. Pero en su interior sentía un miedo espantoso.

Rohrsball y Malley permanecieron silenciosos. Brown siguió:

—Amigo Smith, nos ha costado muchas semanas, pero, al fin, hemos conseguido dar con usted. Hace más de dos meses, dos individuos le llevaron a la residencia donde agonizaba Al Simoni, creyéndole su hijo, ¿no es cierto?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

Brown sonrió de un modo especial.

—Gary y Uddo actuaron aquella noche —dijo.

—Mataron a Tonio Simoni —adivinó Smith.

—Sí, pero no nos sirvió de nada, hasta cierto punto, claro. Porque dos tipos estúpidos le llevaron a presencia de un moribundo, que prácticamente no podía ver ni casi oír, y éste le creyó su hijo y le dijo algo muy importante antes de fallecer. ¿Qué le dijo, señor Smith?

—Conque era eso —murmuró el joven.

Hubo un momento de silencio. Brown lo rompió, diciendo:

—Señor Smith, quiero que sepa una cosa. No pretendemos hacerle el menor daño, a menos que usted se obstine en mantener la boca cerrada. En tal caso, sintiéndolo mucho, nos veremos obligados a emplear con usted nuestros métodos de persuasión. Le

aseguro que nunca fallan.

Era una amenaza clarísima, lo vio Smith en el acto. De pronto, antes de que pudiera dar su respuesta, Rohrsball se encaminó hacia la puerta.

—Perdone un momento, jefe. Voy al cuarto de baño —dijo.

De nuevo vino el silencio. Brown arqueó las cejas.

—¿Y bien, señor Smith?

—Voy a hacerle una pregunta —dijo el joven.

—Sí, hágala.

—Acaba de decirme que sus... amigos mataron a Tonio Simoni.

Es cierto.

Por tanto, después de que yo haya hablado, ustedes me matarán a mí.

Brown alzó la mano.

—Le juro solemnemente...

—Siento no poder creer en su juramento —dijo Smith con frialdad—. Y como sé que, de todas formas, me van a matar, prefiero llevarme el secreto a la tumba.

—Es usted un hombre valeroso —contestó Brown—. Pero su actitud no le servirá de nada.

—¿Empiezo, jefe? —consultó Malley.

De repente, se oyó un grito sofocado.

La puerta se abrió violentamente. Rohrsball entró, sujetando por la cintura a una mujer, con la mano izquierda, mientras que la derecha era usada en taparle la boca.

—¡Estaba espiándonos, jefe! —gritó el matón—. Debió de seguirnos...

Smith reconoció a la mujer y lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Dagmar!

CAPÍTULO V

Brown hizo un gesto con la mano.

—Suéltala, Gary —ordenó.

Dagmar se arregló la falda con las manos.

—Ese bruto...

—La vi cuando miraba a través de la ventana, jefe —explicó el matón.

—Hiciste bien —aprobó Brown—. Señora, ¿quién es usted?

—Dagmar Pelham —dijo Smith.

Brown respingó.

—¿De Pelham Enterprises?

—La misma —admitió Dagmar malhumoradamente.

—Señorita, ¿por qué ha tenido que seguirnos? —preguntó Brown, muy irritado.

—El señor Smith es mi empleado. Vi cómo lo secuestraban y decidí seguirles, para avisar luego a la policía.

Brown lanzó una interjección a media voz. Luego gruñó:

—Esto complica las cosas.

—Sí —dijo Smith, sonriendo plácidamente. Brown meditó un instante. Luego dijo—. Gary, enciérralos en el sótano.

—Sí, jefe.

—Vuelve pronto.

La pistola de Rohrsball se agitó ominosamente.

—Las manos encima de la cabeza —ordenó—. ¡Media vuelta y marchen!

—¿Ha sido «marine», Gary? —preguntó Smith—. Yo estuve tres años en el Cuerpo.

—Cierre el pico —rugió el pistolero.

Brown agitó una mano.

—Uddo, dame un trago —pidió.

—Sí, señor.

Los dos hombres callaron. Rohrsball volvió a poco.

—Ya están encerrados —anunció.

—Esto complica las cosas —repitió Brown—. Smith es un cualquiera, por el que nadie se preocuparía. Pero la chica... —Se estremeció—. Su padre nos echaría encima a todos los policías de mil millas a la redonda.

—El le contará lo que ha oído aquí —calculó Malley.

Brown volvió a maldecir. La inesperada presencia de Dagmar le había sumido en un desconcierto total. No podía eliminarla, como pensaba hacer con Smith, pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que ella no callaría, por muchas promesas que pudiera hacerle.

—Escuche, jefe —exclamó Rohrsball de pronto—. Tengo una idea.

Brown le miró esperanzadamente.

—¿Sí, Gary?

—Hagamos un trato con ellos, Smith puede contarnos lo que le dijo Simoni antes de morir. Luego los dejamos encerrados aquí. Pasarán muchas horas, quizá dos o tres días, antes de que consigan liberarse. Para entonces, nosotros podemos estar ya muy lejos...

—No está mal, si accede a hablar —dijo Brown.

Ya le he dicho que podemos hacer un trato, jefe.

De repente, Brown se dio cuenta de que Malley tenía la vista fija en la ventana. Volvió la cabeza y en aquel momento, la ametralladora disparó la primera ráfaga.

Media docena de disparos hicieron saltar en pedazos la cabeza de Malley, sin tiempo para lanzar un solo grito. La segunda salva, tan certera como la anterior, alcanzó de lleno el vientre de Rohrsball, quien cayó de rodillas, con las manos en la cintura.

Brown tenía los ojos morbosamente fijos en el humeante cañón del arma. La vio girar hacia sí, pero no pudo moverse.

Cuatro balas se hundieron en su cuello, haciendo saltar chorros de sangre por los orificios que habían abierto. Los impactos le arrojaron hacia atrás, con el sillón.

Luego asomó por el hueco el cañón de una escopeta «Riot Gun», de las usadas por la policía en disturbios y motines y contra los terroristas. El arma vomitó un largo relámpago, junto con un sonoro

trueno.

Rohrsball fue lanzado a un lado con tremenda violencia. El cuerpo de Brown se agitó fuertemente al recibir el último impacto. Luego, todo fue silencio.

* * *

Smith examinó críticamente la puerta.

—Es fuerte —dijo.

—No podremos escapar —exclamó Dagmar desanimadamente.

—No haga afirmaciones aventuradas. —Los dedos de Smith palparon la madera, en torno a la cerradura, con gestos que a ella le parecieron de experto—. Quizá sea más fácil salir de lo que se imagina —añadió.

—¿Cómo, Stuart?

El joven sonrió.

—La llevo siempre encima —dijo, a la vez que sacaba del bolsillo de sus pantalones una navaja de varios usos—. Para el *camping*...

—Ah, le gusta la vida al aire libre.

—Con moderación. Todas las exageraciones son malas. Pero, de cuando en cuando, agarro la mochila y me voy con «Ugly» a pasar un par de días al aire libre. En la oficina, a veces, también resulta útil; por eso lo llevo siempre conmigo.

—Es raro que ellos no le hayan registrado —observó Dagmar—. Sabían que no llevo armas.

—Ya. Stuart, ¿es cierto que estuvo en la Infantería de Marina?

—De los dieciocho a los veintiún años. Era ya sargento mayor.

—¿Por qué lo dejó?

—Quería acabar la carrera. Allí no tenía tiempo.

—Es usted sorprendente —dijo Dagmar—. Parece... parece...

—Un hombre insignificante, ¿verdad? —rió él, entregado de lleno a la labor de aflojar los tornillos de la cerradura.

Dagmar se sonrojó.

—No quise decir eso, Stuart.

Oh, si no me importa. Harto sé que no tengo el aspecto de un galán de cine. Pero me conformo con la apariencia que Dios me concedió.

—Sigue pareciéndome sorprendente. Stuart, empiezo a ver en usted cualidades que no había apreciado. ¿No siente ambición de llegar a más?

—Bueno, en realidad, ya tenía un buen puesto con Bickford. Usted me ha ofrecido otro mejor. ¿Qué más puedo desear? —Aun así, me parece poco...

—Antes le hablé de moderación, Dagmar. Cuanto más elevado es el puesto que uno desempeña, mayores son las preocupaciones... y la salud, a la larga, se resiente.

—¿Y ahora, no se resiente, con doble trabajo y, además, levantándose todos los días a las cinco y media, para hacer *jogging* con Winifred?

—Bueno, esto no durará mucho y estoy bien entrenado.

Dos tornillos cayeron sucesivamente al suelo.

—Y no se ha casado —dijo ella.

—Estuve a punto de casarme.

—¿Qué pasó, Stuart? —preguntó ella, adivinando el fracaso sentimental del joven.

—Bueno, había cierta disparidad de caracteres...

—A ella no le gustaba el *camping*.

—No era eso solo. Hubo un momento en que me vi como un caballo, con un jinete implacable a los lomos, espoleándome continuamente. «Más, más, más...». Era guapísima, pero muy ambiciosa.

—Y supo adivinarlo.

—Psicología, simplemente.

—¡Caramba! —se asombró Dagmar.

—Obtuve el diploma en Stanford.

—¡Pero hombre, usted lo tiene todo!

Smith se echó a reír.

—Al menos, lo suficiente para ser feliz —contestó.

Los últimos tornillos cayeron al suelo. Entonces fue cuando sonaron los disparos.

* * *

Las ráfagas de la ametralladora, aunque no demasiado sonoras por la distancia, llegaron con claridad al sótano. Hubo un corto

intervalo y luego se oyeron los fragorosos estampidos de la escopeta.

—Una «Riot Gun», calibre doce —identificó Smith en el acto.

Dagmar se sentía aterrada.

—Stuart, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó con un hilo de voz.

—No lo sé —contestó él—. Lo mejor será esperar.

Paseó la vista por el sótano, iluminado por una bombilla polvorienta, y descubrió una silla en un rincón. Fue hacia ella y rompió fácilmente una pata.

—Con un buen garrote, se pueden hacer maravillas —dijo—. Sitúese detrás de mí, Dagmar.

Smith se colocó junto a las bisagras de la puerta y empuñó la improvisada estaca con ambas manos. Dagmar contenía el aliento a su lado.

Transcurrieron algunos minutos. El silencio era absoluto.

—Deben de haberse marchado —supuso el joven.

—¿Vamos a salir de aquí?

Smith hizo un gesto afirmativo. Dejó a un lado la pata de la silla y separó la cerradura, sostenida solamente por el pestillo. Abrió un poco y escuchó con gran atención.

—No se oye nada —murmuró.

Recobró la pata de la silla y abrió cautelosamente. Luego, paso a paso, emprendió la ascensión hacia el vestíbulo.

—Estaban allí —señaló una puerta.

—Mi coche está fuera, lo veo desde aquí —dijo Dagmar.

—Aguarde un momento.

Smith avanzó hacia la puerta del salón y la abrió. Al ver la horrible escena, sufrió un fuerte choque.

—¡Atrás, Dagmar!

Era ya tardé. La joven había visto el sangriento cuadro, al mirar por encima de su hombro.

Mareada, se tambaleó. Smith se volvió a tiempo para sujetarla con un brazo por la cintura.

—Dios mío... nunca había visto una cosa así —dijo ella débilmente.

Estaba totalmente sin color en el rostro. Smith la empujó con suavidad.

—En alguna parte debe de haber una cocina y podremos hacer

café —supuso.

—¡No! —contradijo ella en el acto—. Ya se me pasará por el camino, pero no quiero seguir en esta casa un minuto más.

—Muy bien. Si no le importa, yo conduciré. —Eso sí me parece mejor, Stuart.

Momentos después, partían en el «Mercedes 280» descapotable de la joven. Dagmar abrió el bolso y sacó un cigarrillo, cuyo humo inhaló nerviosamente.

—Perdón, Stuart, no le he ofrecido de fumar...

—No se preocupe, apenas pruebo el tabaco.

—Por el *jogging* —sonrió ella.

—En gran parte, desde luego.

Dagmar inspiró profundamente.

—Nunca, había conocido a un hombre como usted —declaró.

—No soy ni mejor ni peor que otros —rió él—. Pero ahora me he visto en apuros, por culpa de la confusión de unos tipos con poco seso.

—A ver, explíquese, por favor.

Smith le relató lo ocurrido aquella noche, después de que la arrojara a la piscina.

—Y al final, se dieron cuenta de su error, gracias a la mujer, pero ya era tarde y pude escapar. Dejé abandonado el «Cadillac» en un callejón oscuro y así conseguí llegar a mi casa —concluyó su relato.

—De modo que vio morir a Simoni —se asombró Dagmar.

—Sí. Debía de tener la vista muy turbia, porque no supo darse cuenta de que no era su hijo.

Pero, los otros, ¿cómo no supieron reconocerle?

—Ah, eso es lo que no sé. Yo tampoco comprendo su confusión. Pero no me importa demasiado.

—Simoni le dio un último mensaje. ¿Sabe lo qué significa?

Smith sacudió la cabeza.

—Aún guardo la tarjeta, pero no me he preocupado de descifrar la posible clave.

—Y, además, le dijo: «Abrete, Sésamo».

—Deliraba en la agonía, Dagmar.

—Lo peor de todo es que Brown supo que usted había recibido el último mensaje de Simoni. ¿Cómo consiguió averiguarlo?

—Temo que no lo sabremos jamás. Para mí, no cabe duda de que Brown y sus compinches han sido eliminados en lo que vulgarmente se llama «ajuste de cuentas». Por fortuna, los asesinos no se dieron cuenta de que estábamos en la casa.

Dagmar sintió un escalofrío.

—No quiero ni pensar en lo que habría pasado, si nos hubieran encontrado —dijo.

—Lo mejor será que lo olvide todo. —Smith consultó su reloj—. Vamos a llegar tarde al trabajo.

—¿Eso le preocupa, Stuart?

—Por Broxton.

—Dígale que ha ido a ver al médico, por ejemplo.

—Sí, tendré que mentir. No me gusta, pero no hay otro remedio —suspiró el joven.

* * *

—Mi hermana me ha contado su aventura —dijo Winifred dos días más tarde.

—¿Si?

La víspera no habían hecho *jogging*. Smith no se sentía con ánimos y telefoneó a la chica, para suspender el ejercicio.

—Debió de ser algo espantoso, ¿no?

—Horrible, Winnie —contestó el joven, dándole el tratamiento familiar a que la muchacha estaba acostumbrada.

—He leído los periódicos. La policía asegura que se trata de un «ajuste de cuentas». Dice el periodista que si Simons estuviese vivo, podría ser el culpable, pero puesto que murió, un tal Neale Randall quizá tenga algo que ver con el asunto. ¿Conoce a Randall, señor Smith?

El joven sonrió.

—Winnie, te aseguro que no soy persona que acostumbre a tratar con *gangsters*, al menos, sabiendo que lo son.

—Lo siento. Discúlpeme, no tiene importancia.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, Winifred exclamó:

—Señor Smith, no quisiera alarmarle, pero parece que nos siguen. —¿Cómo?— respingó él.

—Detrás de nosotros. Ese coche negro...

Smith apretó los labios. Con una rápida ojeada había podido darse cuenta de la veracidad de las palabras de la chica.

—Está bien, Winnie, no te preocupes. Pronto nos desharemos de esos tipos —aseguró. Continuaron trotando por el sendero. De pronto, acometieron una curva y, apenas la habían rebasado, Smith agarró a la chica por un brazo y la hizo pasar al otro lado del arbusto que había en aquel lugar.

—Agáchate, rápido. ¡Quieto, «Ugly»!

Winifred y el perro quedaron agazapados detrás del ramaje. Un segundo más tarde, pasó el automóvil negro.

Smith se quedó atónito.

—Dino —murmuró.

—¿Lo conoce? —se asombró Winifred.

—Sí. Calla, por favor.

El coche negro se detuvo un poco más adelante, ya en la recta del sendero. Dino lanzó una interjección.

—¡Han desaparecido!

—Retrocede —indicó Venice—. Tal vez se han dado cuenta de que les seguimos y están escondidos o se han largado a través del parque.

El coche rodó en marcha atrás, hasta llegar frente al arbusto. Cappa y Venice se apearon simultáneamente.

De pronto, oyeron una voz a pocos pasos.

—¿Me buscaban, caballeros?

Los dos hampones se volvieron bruscamente. En la frente de Cappa había un ancho trozo de cinta adhesiva, «recuerdo» del accidente sufrido dos días antes.

—¡Es él! —exclamó.

—Sí, yo mismo —sonrió Smith.

Los dos matones se abalanzaron hacia el joven. Winifred, escondida tras el arbusto, contemplaba la escena con ojos dilatados por el temor.

Pero, unos segundos más tarde, supo que sus temores eran infundados.

Winifred vio que Smith parecía convertirse en un torbellino. Apenas si podía seguir con la vista los vertiginosos movimientos del joven. Un minuto después, Cappa y Venice quedaban por tierra, maltrechos y totalmente desanimados, sin ánimos para proseguir la

pelea.

Smith se volvió sonriendo hacia la chica. —Un minuto todavía, Winnie— pidió.

* * *

—Tenías que haberlo visto, Dagmar —exclamó Winifred entusiasmada—. Se transformó en un ciclón, en un «Superman» irresistible... Los dos forajidos volaron por los aires como plumas, y eso que pesaban al menos quince o veinte kilos más que él... No sé cómo lo consiguió, pero los dejó hechos sendos guiñapos... Ah, luego les quitó las pistolas, que arrojó al lago que hay en las inmediaciones. Y, para remate, les desinchó las cuatro ruedas del coche. ¿No te parece maravilloso, hermana?

Dagmar, a punto de terminar el desayuno, mientras que Winifred acababa de sentarse a la mesa, frunció el ceño.

—Dices que os seguían dos sujetos...

Sí, y él debía de conocerlos. Por lo menos, a uno... Dijo un hombre italiano, aunque ahora no lo recuerdo. Luego no quiso decirme nada sobre el particular... ¡Fue una cosa sensacional, te lo aseguro!

Dagmar se puso en pie y observó un instante los ojos chispeantes de su hermana.

—No te retrases —dijo con cierta sequedad.

—Descuida, Dagmar. ¿Hablarás con el señor Smith?

—Por supuesto. Hasta la noche.

—Adiós, hermanita.

Dagmar salió a la calle, preocupada, más que por el encuentro de Smith con los hampones, por el evidente entusiasmo que Winifred demostraba hacia el joven. Era algo que no le gustaba y pensaba decírselo en la mejor ocasión que se le presentase.

—Hoy mismo, si es posible —murmuró, mientras arrancaba el coche.

Sería aquella misma mañana, aunque más tarde, porque antes tenía que hacer una visita de negocios, que no podía demorar.

CAPÍTULO VI

El hombre entró, con una caja de herramientas en la mano, y se encaminó directamente al despacho de Dagmar. Smith vio en la espalda de su mono azul las iniciales de la compañía telefónica y frunció el ceño.

—Eh, amigo —dijo—, ¿adónde va usted?

El técnico se volvió.

—Revisión de un teléfono —contestó—. Hemos recibido el aviso y...

Smith supo en aquel instante que el sujeto mentía.

No hacía ni cinco minutos que él mismo en persona, había atendido una llamada dirigida a la joven, quien, por cierto, aún no había llegado. El teléfono funcionaba perfectamente.

Sin embargo, no quiso hacerse sospechoso. Debía continuar en su papel de modesto y fiel empleado.

—Dispense —sonrió.

—No hay de qué, amigo.

El técnico salió quince minutos después y agitó la mano bonachonamente.

—Ya está, amigo —se despidió.

Smith hizo un simple gesto con la cabeza. Simuló seguir en su trabajo y, a los pocos instantes, se levantó y fue hacia la ventana.

Las oficinas de la Pelham Enterprises estaban en una segunda planta. Espiando cautelosamente detrás de la persiana, Smith pudo ver al técnico que se detenía en la ajardinada explanada que había ante el edificio, junto al borde. Un hombre le pidió Fuego. El técnico sacó un encendedor.

La operación, estimó Smith, había durado demasiado tiempo. De súbito comprendió que el sujeto que había pedido fuego era un

cómplice del supuesto mecánico. El encuentro servía simplemente para saber si el falso reparador de teléfonos había realizado su labor.

De pronto, le pareció que la cara del otro le resultaba conocida. La había visto en alguna parte, pero no conseguía recordar el lugar. Trataría de pensar en ello, se dijo, mientras abandonaba la ventana, para dirigirse rectamente al despacho de Dagmar.

Diez minutos más tarde, volvía a salir y se sentaba detrás de su mesa. Dagmar llegó poco antes de las doce.

—Stuart, quiero hablar inmediatamente con usted —expresó fríamente.

Smith no dijo una sola palabra. Por toda respuesta, abrió su carpeta y sacó una cuartilla, que sujetó con ambas manos delante de la joven. Atónita, Dagmar leyó:

«Tenga cuidado con lo que habla a través de su teléfono y con todos los que entran en su despacho. Le han instalado un “chivato” de radio. Nos veremos a la noche, en mi casa».

Dagmar era rápida de entendimiento y asintió.

—Muchas gracias, Stuart.

Broxton asomó en aquel momento.

—Señor Smith, ¿puede venir un momento a mi despacho? —solicitó con su suntuosidad habitual—. Ah, señorita Pelham, buenos días. ¿Resultó fructuosa la entrevista con el señor Moore?

—Plenamente satisfactoria, señor Broxton —contestó la muchacha—. Hasta luego, Stuart.

Smith se había levantado ya y entró en el despacho del contable jefe.

Media hora más tarde, aprovechando la pausa del almuerzo, fue a una tienda de óptica cercana y se compró un par de prismáticos.

A las cuatro de la tarde, había localizado ya al sujeto que recibía las informaciones, a través de una minúscula emisora de radio, que el falso empleado de teléfonos había instalado en el despacho de Dagmar.

El edificio frontero era gemelo de aquél en que estaban las oficinas de la Pelham Enterprises. Los dos formaban una gran plaza, con calzada para vehículos en el centro y un puente para peatones, que permitía el paso de uno al otro sin necesidad de esperar un hueco entre el tráfico. Había césped, estatuas modernistas, árboles, bancos y surtidores. Resultaba evidente que, sin mengua de la funcionalidad de ambas edificaciones, el arquitecto había sabido conjugar hábilmente la decoración del cemento y el cristal con las obras de la naturaleza.

Dagmar salió de su despacho apenas unos segundos más tarde que el joven. Cuando llegó al vestíbulo, lo vio dirigirse hacia el puente de peatones, esbelta obra de un solo arco. Intrigada, le siguió casi a la carretera, alcanzándolo cuando ya estaba a punto de franquear la entrada del otro edificio.

—¡Stuart! ¿Adónde va? —exclamó.

Smith se volvió, vivamente sorprendido.

—Pero, Dagmar...

—Vamos, explíquese.

—Está arriba, en la cuarta planta —contestó él.

—¿Quién?

—Él espía.

Smith reanudó su marcha. Dagmar volvió a emparejarse.

—Si no me habla más claro...

—Espere —atajó el joven con cortés firmeza.

Entraron en el ascensor. Smith rogó para que el espía no les hubiese visto. El sabía que podía pasar desapercibido fácilmente, pero Dagmar... Si el espía la había reconocido, todo su plan podía acabar en un rotundo fracaso.

Un minuto más tarde, salían al pasillo de la cuarta planta, Smith procuró orientarse, cosa que consiguió a los pocos momentos. Llegó a una puerta y la abrió cautelosamente.

Dagmar, detrás de él, contenía el aliento. Smith alargó el cuello. En la antesala no se veía a nadie y había un silencio absoluto.

Avanzó unos pasos más y llegó a la puerta que daba a la habitación delantera, con ventana a la fachada. Había allí un hombre sentado y tenía en la cabeza un casco con auriculares.

El individuo tenía frente a sí un trípode, que sostenía unos prismáticos, y a la derecha el receptor de radio, conectado indudablemente a los auriculares, para que nadie más que él pudiera escuchar los sonidos, como asimismo algunos bocadillos y una nevera portátil que, indudablemente, contenía refrescos.

Smith se volvió hacia la joven.

—Sssttt... No haga ruido —dijo en voz muy baja—. Se ha dormido.

Dagmar asintió con leve pestañeo. Smith avanzó todavía más, pero, de repente, notó algo extraño.

La quietud del sujeto era absoluta. Al menos, debería haberse oído su respiración y habría tenido que advertir los movimientos de la misma. Entonces fue cuando advirtió el redondo orificio del respaldo del sillón, situado a la altura del corazón del espía.

Dagmar notó su indecisión y le puso una mano en el brazo. Smith se volvió hacia ella.

—Está muerto.

Dagmar se sobresaltó terriblemente.

—¿Qué hacemos, Stuart?

—Largarnos inmediatamente de aquí —respondió él en el acto—. Y sin perder un segundo, además.

Agarró la mano de la joven y tiró de ella. Dagmar le siguió casi en volandas. De pronto, vio que Smith se desviaba a un lado, para situarse junto a la pared.

La puerta se abría en aquel instante. Dagmar contuvo la respiración.

Un hombre penetró resueltamente.

—Ed. Ed —llamó.

Fue todo lo que dijo. El filo de la mano de Smith cayó contra su cuello y las rodillas se le doblaron instantáneamente.

Smith saltó sobre el caído y tanteó sus ropajes.

—Justo lo que esperaba; tiene una pistola —dijo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Dagmar.

—Simplemente, alguien va a llamar a la policía antes de cinco minutos y lo encontrarán aquí, armado y con un cadáver. Imagínese el resto.

Smith volvió a tirar de la joven y abandonaron el apartamento. Cuando bajaban en el ascensor, él dijo:

—Ahora, usted se irá a mi casa y me aguardará allí. Ya conoce el camino.

—¿Por qué no vamos juntos? —se extrañó Dagmar.

—Tengo que hacer algo —contestó él evasivamente.

—Deseo acompañarle...

—¡No! ¡Haga lo que le he dicho!

Dagmar se sorprendió a sí mismo al oírse contestar con enorme mansedumbre un «Sí, señor», del que no se hubiera creído capaz sólo unas pocas horas antes. Cuando llegaron a la calle, buscó su coche y partió de inmediato hacia la casa de su empleado.

* * *

«Ugly» recibió a su amo con las usuales muestras de alegría. Después de corresponder, se encaró con Dagmar, que estaba en la sala.

—Ahora ya podemos hablar con toda tranquilidad —dijo.

—¿Qué ha hecho usted? —quiso saber la joven.

—El espía está muerto y su amigo, el que, sin duda, iba a recibir informaciones, se encuentra en manos de la policía. Lo he visto salir entre dos agentes de uniforme.

—Oh...

—Y he desarmado el «chivato».

—Pero ¿quién pudo ponerlo en mi despacho?

Smith se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —respondió—. Mañana sabremos algo por los periódicos. ¿Me permite que vaya a la cocina en busca de una cerveza?

—Hombre, está en su casa —contestó ella—. No se preocupe por mí; ya he tomado café.

Smith volvió a los pocos momentos, en mangas de camisa, con una lata en la mano.

—Hay algo que me extraña, sin embargo —dijo, entre sorbo y sorbo—. El tipo que acudía a recoger los informes del espía era, sin duda, el supuesto técnico de la telefónica. Pero cuando salió de su despacho, le vi hablando en la acera, junto a un hombre que me pareció conocido. Sin embargo, no logro recordar dónde he visto al segundo.

—Eso puede ser interesante —exclamó Dagmar.

—Sí, aunque todo lo enturbia el asesinato del espía. Yo había pensado en un primer momento, en un caso de espionaje industrial. Pero cuando hay un muerto de por medio, las cosas cambian. De todos modos, esperaré a leer mañana los periódicos.

—¿Para qué?

—El técnico será puesto en libertad. Llevaba una pistola, pero pronto se comprobará que él no la ha disparado. Entonces iré a hacerle una visita.

—Comprendo. ¿Cuándo?

Smith hizo un gesto vago.

—Depende —contestó—. Si hubiera hablado con él ahora, quizá me habría dado un nombre falso. La policía tiene medios para conocer la auténtica identidad de una persona. —Sí, es cierto.

«Ugly» estaba entre los dos, sentado sobre sus patas traseras, volviendo la cabeza alternativamente hacia uno y otro, según el que hablaba. El joven se inclinó y le hizo unas cuantas caricias.

—Compañero, ten un poco de paciencia —dijo—. Pronto podremos irnos de excursión al campo.

«Ugly» contestó con un par de ladridos de asentimiento. Dagmar levantó la mano.

—A propósito —exclamó—. Casi había olvidado el tema principal de esta entrevista.

—Es cierto. Tenía algo que decirme, pero a solas... ¿De qué se trata?

Dagmar se turbó un instante.

—Eh... Bien... Bueno, lo diré de una vez. Se trata de Winifred.

—¿Qué le pasa? Está curada, creo; incluso sus notas escolares han mejorado...

—No es eso. —Ella apretó los labios—. Siento herir sus sentimientos, pero desearía que no fuese a buscarla más por las mañanas, señor Smith.

El joven se percató en el acto del cambio de tonalidad en la voz de Dagmar, y también del protocolario tratamiento.

Entornó los ojos.

—Usted trata de evitar que Winnie se enamore de mí —dijo.

—Es posible que ya lo esté.

—¡Qué tontería!

—No es una tontería. Se le cae la baba cada vez que habla de usted. Tendría que oírla hablar cuando estamos solas...

Smith sonrió divertidamente.

—Resultaría halagador, desde luego. Pero no creo que Winnie llegue a tales extremos.

—Lo mejor es cortar por lo sano, señor Smith. Por favor, se lo ruego, no lo tome como nada personal...

—¡Caramba! Si esto no es personal... —se indignó él—. Oiga, ¿por quién me ha tomado? ¿Acaso piensa que soy un cazadotes? Ah, pero ya entiendo; usted vive en un mundo donde todo esto es corriente y piensa que cualquiera que se acerque a Winnie... o incluso a usted misma, es un tipo que busca solamente su dinero y que no puede tener buenas intenciones, ¿verdad?

—Yo no he dicho nada de eso —contestó ella, roja como una guinda.

—Se le ha entendido claramente —aseguró Smith—. Pero no se preocupe; de todos modos, pensaba suspender el *jogging* durante unos días, después del encuentro que tuve con los gorilas de Simoni. Ahora, claro, la suspensión es definitiva.

Hubo un momento de silencio. Dagmar empezó a pensar que había cometido, como vulgarmente se decía, una solemne metedura de pata.

—Escúcheme, se lo ruego; no he querido ofenderle...

—Hay cosas que tienen muy difícil arreglo —contestó Smith heladamente—. Por supuesto, pienso seguir en mi empleo, dado que no me gusta quebrantar mi promesa. Dudo mucho de que siga trabajando para la Pelham Enterprises cuando hayamos acabado con el señor Broxton.

—Mañana... pensará de otro modo. Nos veremos en la oficina —dijo Dagmar casi desesperadamente.

—No lo crea. Mañana, aprovechando que empieza el fin de semana, «Ugly» y yo nos iremos al campo.

El perro volvió a ladrar. Dagmar se dio cuenta de que no tenía nada que hacer y caminó hacia la puerta.

—Adiós, Stuart.

—Adiós, *miss* Pelham —dijo él con toda ceremonia.

CAPÍTULO VII

—Vive ahí —indicó Venice.

—Nos ha costado mucho —añadió Cappa.

La mujer, sentada en el compartimento trasero del «Cadillac», contempló la casa, a través del cigarrillo que fumaba, al extremo de una larga boquilla.

—Me pregunto cómo fuisteis tan imbéciles para llevar a un perfecto desconocido allí —dijo.

—Hombre, tenga en cuenta que hacía muchos años que no veíamos a Tonio —se disculpó Venice.

—Además, nos confundimos de número de la casa, al ir a buscarlo... —añadió Cappa.

—Ni el viejo supo reconocerlo —exclamó ella, frustrada—. Está bien, a partir de ahora, el asunto es mío.

—¿Cómo piensa hacerlo, señora Korniss?

Adela Korniss lanzó una risita y sacó el pecho. Estaba orgullosa de su silueta, a pesar de que tenía tres o cuatro kilos de más. Pero sabía que a los hombres les gustaban las mujeres opulentas.

El escote dejaba casi al descubierto los senos, redondos y exuberantes.

—¿Qué os parece el sistema? —preguntó.

Cappa emitió un gruñido de bestia en celo.

—Infalible.

—No puede fallar —convino Venice.

—Entonces el caso es mío —dijo Adela, absolutamente segura del plan ideado—. Stuart Smith caerá como un pajarito.

En aquellos momentos, Smith se disponía a abandonar su trabajo, una vez cumplida la jornada habitual. Había transcurrido ya una semana, después de la borrascosa entrevista con Dagmar y, a

partir de aquel momento, las relaciones entre ambos se habían hecho absolutamente profesionales. Smith sentía que, por segunda vez, se había derrumbado su ídolo y solamente por mantener la palabra dada, continuaba en el empleo.

Tenía pensado hacer una visita al técnico de la compañía telefónica, quien había salido de la cárcel dos días antes, mediante una fianza, y una vez comprobada su inocencia en el asesinato. El trabajo de contabilidad le había absorbido gran parte de su tiempo, por lo que no había podido hasta entonces llevar sus planes a la práctica.

Cortés como de costumbre, se asomó al despacho de Broxton.

—¿Me necesita para algo más? —consultó.

—Nada, muchas gracias, señor Smith. Le deseo un buen fin de semana.

—Muchas gracias, señor Broxton.

Recogió su portafolios y se encaminó hacia la salida. Dagmar estaba ya ante la puerta del ascensor. El eligió otro.

En el vestíbulo, Dagmar pareció que quería decirle algo, pero se arrepintió en el acto, observó Smith. El joven salió a la calle y subió a su automóvil.

Media hora más tarde, llamaba a una puerta.

Un hombre apareció ante sus ojos, después de un receloso examen del visitante a través de la mirilla.

—No compro a vendedores ambulantes —dijo hoscamente—. ¡Largo!

Smith adelantó rápidamente el pie derecho.

—No vendo nada —manifestó a través del hueco—. Sólo deseo que me reparen el teléfono. Lo tengo estropeado.

Frankie Regan se sobresaltó enormemente al oír aquellas palabras. Aflojó, inconsciente, la presión de su mano sobre la puerta, y Smith aprovechó para terminar de abrirla y colarse en el departamento.

* * *

—Me pagaron —dijo Regan abruptamente.

—Ya me lo figuro —sonrió Smith—. ¿Quién?

Regan agarró una botella y puso *whisky* en un vaso. Bebió de

golpe, eructó ruidosamente, se limpió los labios con el dorso de la mano y buscó cigarrillos.

—No acostumbro a dar nombres —respondió al cabo—. Pero además ¿quién diablos es usted?

—Le golpearon en el cuello, cuando iba a ver a Ed Quillan y ya estaba muerto de un tiro. ¿Lo recuerda?

Regan abrió los ojos desmesuradamente.

—Fue usted.

—Sí.

Los ojos del sujeto recorrieron despectivamente la figura del hombre que tenía ante sí.

—No le creo —dijo.

—¿Repetimos la prueba? —sonrió Smith.

—Me pilló por sorpresa. De otro modo, no habría tenido con usted ni para empezar.

—Voy a hacerle una proposición —dijo el joven—. Un asalto de lucha absolutamente libre, de sólo dos minutos. Si me derrota, me iré inmediatamente y le olvidaré para siempre. Pero si gano yo, me dirá el nombre del individuo con quien habló, después de haber colocado el «chivato» de radio en el despacho de Dagmar Pelham. ¿Le parece bien?

Regan sonrió. Era un individuo muy fornido, de casi un metro noventa y noventa y cinco kilos de peso. En su rostro se veía la nariz achatada propia de los boxeadores, y también algunas cicatrices.

—De acuerdo —aceptó, entusiasmado.

Y disparó su puño derecho con todas sus fuerzas.

El puño sólo encontró el vacío. Antes de que pudiera rehacerse, dos manos aferraron el brazo y se encontró girando velozmente sobre sus talones. Una rodilla golpeó la cara posterior de su muslo derecho y la rodilla propia se le dobló en el acto.

Smith retorció el brazo.

—Si continúo, se lo romperé —dijo.

—Maldición...

—Eso no es lo que yo quiero oír —sonrió el joven. Aflojó un poco, sólo lo justo para que Regan pudiera quitar la rodilla del suelo, pero volvió a presionar nuevamente—. Conteste y podrá usar el brazo para beber y acariciar a las mujeres.

—Está bien, pero conste que yo no tuve nada que ver con la muerte de Ed.

—Eso ya lo ha dicho la policía. Yo quiero oír otra cosa y no pienso concederle un segundo más de tiempo, Regan.

Hubo un instante de silencio. Súbitamente, Regan lanzó un agudo chillido.

Smith miró hacia la puerta. El grueso cañón de una pistola, seguramente el silenciador, asomaba a través de la ranura que alguien había abierto sigilosamente.

Saltó a un lado. En el mismo momento, se oyó un leve ruido.

Regan se estremeció horriblemente. La pistola hizo fuego de nuevo. Esta vez, el proyectil puso un tercer ojo en el rostro del sujeto.

La puerta se cerró inmediatamente. Smith, guarecido prudentemente detrás de un diván, se arriesgó a asomar la cabeza.

Regan yacía en el suelo, encogido sobre sí mismo, y ya completamente inmóvil. Al cabo de unos segundos, se atrevió a dejar su escondite y corrió hacia la ventana.

Un hombre salía de la casa en aquel momento. De nuevo le pareció una cara conocida, pero antes de que pudiera captar más detalles, le vio entrar en un coche, que arrancó de inmediato.

Smith se volvió, estremeciéndose al ver el sangriento cuadro. Tras unos segundos de indecisión, se encaminó hacia la puerta.

* * *

Entró en casa y oyó ruido de cacharros en la cocina. Ugly apareció, parecía un poco desconcertado.

—Eh, ¿quién anda ahí? —gritó.

—Un momento, cariñito —sonó una dulce voz de mujer—. Ahora mismo salgo. Ten un poco de paciencia, por favor, encanto.

Smith creyó que soñaba. ¿Quién era la mujer que se había introducido en su casa?

—Oye —exclamó ella—, no me habías dicho que tenías un perrito tan mono. Es tan cariñoso...

La mujer apareció de pronto en el umbral, fastuosamente ataviada con un peinador rojo, debajo del cual se veían las prendas íntimas: sostén y pantaloncitos de encaje negro, éstos prolongados

en los portaligas que sostenían las medias también negras. Los zapatos eran de tacón muy alto y estaba envuelta en una nube de mareante perfume.

—Hola, encanto —dijo, dengosamente. De pronto, lanzó un chillido—. ¡Tú no eres Rickie!

—No, no lo soy —contestó el joven—. Temo que se ha confundido, señora.

Ella se puso una mano en la boca.

—¡Qué error, qué tremendo error! —exclamó.

Hubo un instante de silencio. Smith no había sido nunca inmune a los encantos femeninos y aquella mujer lo tenía todo. Era terriblemente atractiva, admitió.

Bruscamente, ella volvió a hablar:

—Ahora lo entiendo todo. Es cosa de ese bribón de Rickie. Quiere deshacerse de mí, pero me dio una dirección falsa...

—Evidentemente, señora.

—Korniss, Adela Korniss. —Ella sonrió—. Bueno, no estoy donde esperaba estar, pero... tampoco se puede desaprovechar la ocasión —añadió, insinuante.

Smith entornó los ojos. Las dos puertas de la casa, estaban bien cerradas con llave. Alguien había franqueado el paso a la mujer.

Y entonces, de modo súbito, la reconoció.

—Yo creo que es una ocasión frustrada —dijo.

Fue al dormitorio y recogió un montón de prendas femeninas, con las que regresó a la sala.

—Vístase, señora Korniss —ordenó secamente.

—Pero... ¿por qué?

—¿Prefiere que llame a la policía?

Adela se echó a reír.

—Le acusaría de intentar abusar de mí —dijo.

—Entonces, también le preguntarían dónde está enterrado Al Simoni.

ES rostro de Adela se endureció bruscamente.

—Sospecho que volveremos a vernos, señor Smith —dijo.

—Es posible.

Adela se quitó el peinador. En aquel momento, Dagmar se acercaba a la casa. A través de la ventana, vio a la mujer en aquel atuendo y creyó que le daba un ataque. Había ido para disculparse

ante Smith, pero la visión de la señora Korniss, con tan poca rapa, la enfureció y la hizo abandonar sus propósitos en el acto.

Unos minutos más tarde, Adela recogía su maletín de noche y, con la barbilla levantada, se encaminaba hacia la puerta.

—Volveremos a vemos, señor Smith.

—¡«Guau»! —Hizo el joven burlonamente.

«Ugly» ladró también.

Al quedarse solo, Smith se sirvió un buen trago. Lo necesitaba. En la misma tarde, había recibido dos sorpresas. El asesinato de Frankie Regan y la inesperada visita de Adela Korniss.

Le preocupaba conocer al asesino de Regan, pero no poder identificarlo. Y también le preocupaba la inesperada visita de Adela.

La presencia de la mujer en su casa demostraba una cosa, sin lugar a dudas: buscaban algo, y sólo podrían encontrarlo, cuando conocieran el mensaje que Simoni le había dado en su lecho de muerte.

Debía de ser muy importante, se dijo. Pero ni él mismo lo sabía, ni tenía la menor idea del significado de la serie de cifras. En cuanto a la frase cabalística: «¡Abrete, Sésamo!», ¿era acaso la postrera burla de un sujeto que ya se consideraba difunto?

CAPÍTULO VIII

Por la mañana, muy temprano, Dagmar oyó ruidos en la habitación contigua, aunque, adormilada todavía, no les prestó demasiada atención.

Al cabo de unos momentos, oyó el ruido de una puerta y que se abría y cerraba sucesivamente, lo cual terminó de quitarle el sueño. Intrigada, abandonó la cama y, en camisón y descalza, se acercó a la ventana.

Segundos después, vio a Winifred, con su «chandal» rojo, correr hacia el «Volkswagen». Inmediatamente adivinó las intenciones de su hermana y se puso terriblemente furiosa.

Abrió la ventana, pero ya era tarde. El «Volkswagen» arrancaba con gran estrépito.

Dagmar vaciló un momento, pero acabó por tornar una decisión.

—No faltaría más —dijo—. Eso se tiene que acabar de una vez.

Y corrió a vestirse.

Al terminar, descendió al garaje y se sentó tras el volante de su coche. Entonces advirtió que las llaves de contacto no estaban en su sitio. Más furiosa aún, tuvo que volver sobre sus pasos y subir al dormitorio nuevamente. Cuando estaba a punto de llegar a la puerta, se abrió otra y el señor Pelham, en bata, apareció ante sus ojos.

—Pero, bueno, ¿es que no se va a poder dormir en esta casa?

—Papá, dispénsame...

El señor Pelham señaló su reloj de pulsera con el índice de la mano derecha.

—Estoy acostumbrado a madrugar, pero las seis de la mañana es un poco excesivo, ¿no te parece, hija?

—Sí, papá. Es que...

—Si tienes que salir, será mejor que no hagas tanto ruido —concluyó el señor Pelham con un portazo.

Dagmar se mordió los labios. Era una pérdida de tiempos preciosa, reconoció. Pero no por ello pensaba desistir de sus propósitos.

Smith estaba todavía dormido, cuando oyó que aporreaban la puerta de su casa. Un minuto después, se quedó atónito al reconocer a Winifred, equipada adecuadamente.

—Pero, Winnie...

La chica sonrió.

—Vamos, señor Smith, no sea tan vago. Hace una mañana estupenda —dijo, sin dejar de mover las piernas—. Vístase, pronto, por favor.

Smith dudó un momento. Luego, una sonrisa maliciosa apareció en sus labios.

—O. K., Winnie —accedió.

Minutos después, salían de la casa a paso ligero, con «Ugly» a los talones.

—No te esperaba, Winnie —confesó él.

—Hacía ya muchos días que no practicábamos el *jogging* —respondió la muchacha—. Y no siempre vamos a tener a unos forajidos a nuestras espaldas.

—Claro, claro.

—Además, quería hablar con usted, señor Smith.

—Winnie, me llamo Stuart. Y trátame de tú.

—Sí, Stuart.

—¿Qué te pasa, Winnie? ¿Tienes problemas? ¿Has vuelto a fumar?

—Oh, no, en absoluto. Lo he abandonado. Además, sólo fueron unos cuantos cigarrillos...

—Se empieza por un cigarrillo de marihuana y se acaba tomando heroína a chorros —dijo sentenciosamente.

—Lo sé. Pero no es eso de lo que quería hablarte, Stuart. —Bueno, suéltalo.

—Sospecho que Dagmar está enamorada de ti —dijo Winifred sorprendentemente.

Smith perdió el ritmo y estuvo a punto de caer. Winifred alargó una mano, para ayudarle a sostenerse.

—Winnie, estás loca —rezongó él, una vez recobrado el equilibrio.

—Le digo que no... Bueno, te digo que no —insistió la chica.

—Tú ves visiones. Tu hermana me trata como si fuese un témpano de hielo. Ella, no yo, naturalmente.

—Pues por eso mismo, hombre. Además, está de un genio infernal toda la semana. Y aún desde hace más días. Ayer, sin ir más lejos, regresó a casa y echaba fuego por los ojos.

—Vaya, sí que es una noticia.

—Ha estado insoportable todos estos días. Menos mal que yo me lo he tomado con calma.

—¿Y tus padres?

—No se han dado cuenta. Tienen sus propios problemas.

—Está bien, pero eso no es un indicio...

—Aguarda, hombre. Ayer por la tarde, pareció que se sentía un poco mejor. Quise sonsacarla y me dijo que había cometido un tremendo error y que debía disculparse. Yo le pregunté si se trataba de ti y ella, aunque contestó evasivamente, pareció admitirlo de una forma implícita. Se marchó... y regresó hecha una fiera. Cielos, si llegué a asustarme, Stuart. ¿Qué le hiciste?

Enormemente sorprendido, Smith detuvo la marcha y se volvió hacia ella.

—Winnie, ¿tratas de decirme que Dagmar vino a mi casa?

—Justamente.

—Lo siento. No la he visto desde que nos separamos, una vez acabado el trabajo.

—Pero, Stuart...

—Hablo en serio, Winnie. Y olvídate del enamoramiento de tu hermana. No hay nada entre los dos, ¿entiendes?

—Yo no digo que tú estés enamorado de Dagmar, sino que ella está enamorada de ti.

—Fantasías —contestó él—. Simples suposiciones; Olvídalo, insisto.

—Bueno, como quieras. A lo mejor estoy equivocada...

—Seguro, Winnie. Además, suponiendo que eso fuese cierto, ¿qué podría yo aportar al matrimonio? ¿Un salario de escasamente mil dólares al mes?

Winifred puso las manos en los costados.

—Ah, piensas que en este mundo todo es cuestión de dinero —exclamó.

—¡Y de posición social!... y, vamos, tus padres no consentirían en ese matrimonio.

Suponiendo, que ya es suponer, que pudiese resultar cierto. ¿Continuamos?

—Stuart, eres un cobarde —le apostrofó Winifred.

—Lo soy.

—Con las mujeres. Con una mujer.

—Winnie, ¿quieres que te dé una buena zurra?

La chica se echó a reír.

—Cuando os caséis, yo seré vuestra dama de honor —dijo—. Soy muy joven todavía, pero he aprendido a conocer a los hombres. Dagmar ha tenido cientos de pretendientes y hasta estuvo a punto de prometerse en un par de ocasiones, pero ninguno de ellos te llegaba a las suelas de los zapatos. No, Stuart, no todo es dinero y posición social, créeme. —Filósofa— dijo él con un gruñido.

—Es la verdad.

Smith optó por guardar silencio. Para evitar posibles encuentros con los hampones, corrían por la acera de la calle. De pronto, se oyó el chirrido de los frenos de un coche, que se detenía violentamente junto a la acera.

—¡Dagmar! —exclamó Winifred, sorprendida.

—¡A casa, Winnie! —ordenó la hermana mayor.

Smith se había detenido, lo mismo que la chica. Ambos estaban desconcertados por la inesperada aparición de Dagmar.

—Hermanita, escúchame...

—No tienes nada que decirme, Winnie —cortó Dagmar secamente—. Te ordeno que dejes a ese hombre inmediatamente.

—¿Te has vuelto loca? —gritó Winnie—. ¿Qué estás pensando acerca de nosotros dos? —Puede que todavía no haya habido nada, pero no quiero que te ensucies con ese sátiro.

—Oiga, Dagmar...

Las protestas de Smith fueron desoídas.

—He dicho sátiro y no quiero seguir con los insultos, porque no se lo merece siquiera —dijo Dagmar—. Winnie, trata de conquistarte y de aprovecharse de tu inocencia... —Por el amor de Dios, Dagmar— exclamó Winifred—. ¿Qué te pasa esta mañana?

Ayer querías ir a pedirte perdón y hoy le tratas como a un apestado.

Los ojos de Dagmar se clavaron en el aturdido rostro de Smith.

—Lo es, al menos, moralmente. Y si no, que te diga qué hacía anoche aquella fulana en su casa, medio desnuda, ofreciéndosele impúdicamente.

Smith se dio una palmada en la frente.

—Conque es eso —dijo.

—Sí. Y yo lo vi con mis propios ojos, de modo que no puede negarlo —gritó Dagmar, terriblemente encolerizada—. ¿Stuart? —dijo Winifred, muy seria—. Escucha, Winnie...

La chica se echó a llorar.

—Me has defraudado, Stuart —dijo—. Yo pensé de ti que eras un hombre limpio de corazón... Ya sé que a estas alturas no se dan importancia a ciertas cosas..., pero, a pesar de todo...

—Vamos, Winnie —dijo Dagmar fríamente.

Smith se rascó la cabeza, lleno de perplejidad. El «Mercedes» arrancó velozmente a los pocos segundos.

—Me parece que esto se ha terminado —murmuró el joven—. No pienso soportarlo un minuto más —se propuso firmemente.

Dio media vuelta y emprendió trotando el camino de regreso a su casa, seguido de su perro.

—Al menos, tú me eres fiel, «Ugly» —añadió.

Sonó un alegre ladrido.

—Eres el único amigo que me queda en este mundo —dijo Smith melancólicamente.

Un cuarto de hora más tarde, abría la puertecita de la valla del jardín. «Ugly» entró y, en el mismo momento, Smith sintió algo duro en la espalda. —Venga con nosotros, amigo— dijo una voz bronca.

* * *

El coche se detuvo. Smith, con los ojos vendados por un ancho pañuelo negro, se apeó, ayudado por dos de los sujetos que le habían secuestrado. Sintió que entraban en una casa y luego, de pronto, le hicieron detenerse.

—Aquí está, jefe —dijo uno de los secuestradores, a la vez que le quitaba la venda de los ojos.

Smith parpadeó al recibir la claridad de la luz que llegaba por las dos ventanas de la estancia. Delante de él, había un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, elegante y de sonrisa irónica, pero de ojos duros y helados.

—Soy Neale Randall —se presentó.

Smith lo reconoció en el acto.

—Le vi hablando con Frankie Regan —dijo.

—Es cierto, pero yo no le maté.

—Bueno, yo no soy policía —contestó Smith.

—Quería «contratarle», pero él se negó.

—Entonces, usted sabe para quién trabajaba.

Randall volvió a sonreír.

—Sí, pero no se lo diré. Solly, por favor, trae café para mi invitado.

—Al momento, jefe —contestó uno de los hampones.

—Café especial —añadió Randall.

—Si, señor.

Amable. Randall indicó una butaca.

—Siéntese, señor Smith —dijo—. Le pido disculpas por haberle traído a mi casa de una forma tan brusca, pero no podía hacerlo de otro modo.

Smith entornó los ojos.

—Usted y yo nos hemos visto antes —dijo.

—No, se engaña.

—Estoy en lo cierto. Nos hemos visto —insistió Smith.

—No quiero quitarle las ilusiones. Siga pensando lo que quiera; está en su derecho.

—Gracias. Y ahora, por favor, dígame qué quiere de mí.

Randall adelantó el torso.

—Simoni le dijo algo antes de morir —manifestó.

—No le entendí una sola palabra —mintió el joven.

—Es usted muy mal actor. Se ve que no sabe mentir.

Smith se encogió de hombros.

—Piense como quiera —respondió—. Además, aunque supiera algo, no se lo diría.

—¿Por qué?

—Es la misma respuesta que le di a un tipo llamado Brown. Sospecho que no era su nombre auténtico, pero el diablo lo habrá

sabido, cuando llegó un cliente tan distinguido, sobre todo, tan bien acompañado de dos tipos llamados Rohrsball y Malley.

—Ah, sí, recuerdo el suceso. ¿Le secuestraron a usted? —se asombró Randall.

—¡Bah! Para mí, los secuestros son el pan de cada día. Empiezo a tomar estas situaciones, como el trabajo diario en la oficina.

—Tiene usted un magnífico sentido del humor —rió Randall—. Ah, aquí le traen el café.

El pistolero puso en manos de Smith una taza humeante. Smith vaciló.

Era muy extraño, se dijo. ¿Por qué no servían café para todos?

Randall le miraba ansiosamente, en silencio. Smith lo rompió, a la vez que se ponía en pie:

—Huele muy bien —dijo.

Y, de pronto, con gesto rápido, vertió el contenido de la taza en la tierra de una palmera de salón.

—Lo siento, tengo úlcera y el médico me ha prohibido las bebidas fuertes —añadió.

Randall vomitó una interjección.

—Está bien, usted lo ha querido —dijo—. Pensaba evitarle una escena desagradable, pero... Solly, Art, adelante con él.

De pronto, dos manos se aferraron a los brazos del joven. Smith contraatacó con fulgurante velocidad.

El tacón derecho golpeó despiadadamente la rótula de Solly, arrancándole un aullido de dolor. Solly le soltó inmediatamente, para entregarse al cuidado de su pierna.

Smith se ladeó con terrible brusquedad, arrastrando en su caída al otro hampón. Giró un poco, cayó de espaldas, encogió las piernas y disparó los dos pies al mismo tiempo. Art salió catapultado con tremenda violencia, chocó contra la mesa, la rebasó y, resbalando por encima, fue a encontrarse con Randall.

Los dos hombres rodaron por el suelo. Pero aún quedaba otro con las manos libres: el chófer del automóvil que le había llevado hasta aquella casa, en cuya mano apareció de repente un revólver.

—¡Quieto! —gritó.

Smith no le dio tiempo a actuar. Convertido en un huracán, alargó la mano izquierda y golpeó con el filo la muñeca del chófer. Sonó un estampido.

La bala pasó rozando el pecho de Smith. El disparo se había producido por una involuntaria contracción del índice del chófer sobre el gatillo.

Art se levantaba en aquel momento y recibió el proyectil en pleno pecho. Aullando horriblemente, cayó de espaldas y volvió a derribar a Randall.

Smith no perdió el tiempo. El chófer, desconcertado, no acertaba a reaccionar. Antes de que se diera cuenta, el pie derecho del joven se clavó en su entrepierna, lanzándole al suelo, en medio de terribles alaridos.

El revólver pasó a manos de Smith.

—Nunca he usado armas... como simple ciudadano, claro. Pero cuando estuve en los «marines», me dieron una medalla por buena puntería.

Randall le miraba con la boca abierta estúpidamente. Art yacía a su lado, quieto, mientras la sangre brotaba de su pecho.

Smith alargó la mano izquierda.

—Las armas, pronto —exigió.

Dos revólveres y una pistola Cayeron al suelo delante de él. Smith las apartó a un lado con el pie.

—Salgan —ordenó a continuación.

Tres abatidos individuos, con las manos en alto, abandonaron la estancia. Smith cerró la puerta con, doble vuelta de llave, que se echó al bolsillo. Luego, lentamente, retrocedió hasta la entrada.

—Randall, le aconsejo no vuelva a meterse conmigo —dijo—. Tal vez no salga tan bien librado la próxima ocasión.

Abrió con la mano libre.

—Por cierto, he visto un, hermoso jardín. Hay también un cobertizo con herramientas, ¿no es eso? Habrá palas, sin duda; pueden utilizarlas para cavar una sepultura.

Momentos después, corría hacia uno de los coches que estaban parados ante la entrada. Cuando se disponía a arrancar, concibió una idea y disparó dos tiros contra las ruedas del otro automóvil.

Randall le amenazó con el puño desde la puerta. Smith le sacó la lengua.

Pero más tarde, se dijo que no era un asunto de broma precisamente. Y todavía seguía subsistiendo la duda acerca del lugar en que había visto anteriormente a Randall. «¿Es que no voy a

conseguir recordarlo nunca?», se preguntó furioso consigo mismo.

CAPÍTULO IX

El lunes, a las nueve de la mañana, estaba en su despacho. Dagmar le sorprendió realizando cierta operación.

—¿Qué hace? —preguntó.

—Ya lo ve. Recojo mis cosas —contestó él desabridamente.

—Pero... le necesito...

—No me necesita.

—Stuart, por favor...

Smith se plantó en jarras frente a la joven.

—Miss Pelham, voy a decirle algo que no sé si habrá oído de otros labios antes de ahora —exclamó bruscamente—. En todo caso; si alguien se lo dijo, tenía toda la razón del mundo y yo voy a darme el gusto de repetírselo. Es usted fría, inhumana, egoísta y presuntuosa y orgullosa. Tiene la hermosura de una diosa griega, pero ni siquiera está hecha de mármol, sino de granito impuro.

—¡Stuart! —gritó ella.

—Estoy diciendo lo que pienso de usted y no pienso rectificar una sola palabra. Lo que hice por Winnie fue con la mejor intención del mundo, sin otros deseos que ayudar a una adolescente inexperta a tomar el buen camino. Usted es la que piensa mal, la que tiene la mente retorcida como un sacacorchos, y yo no puedo seguir aquí ni un minuto más. Claro que me dirá que el trabajo no tiene nada que ver con los asuntos personales, pero no podría soportar verla ni un minuto más.

Cerró la bolsa y se la cargó al hombro.

—Fue usted mi ídolo, *miss* Pelham, pero tiene los pies de barro —concluyó.

—¿Va a negarme que tenía una furcia en su casa? —gritó ella.

—Bueno, era una mujer. No soy un «gay».

—Era una... una...

—Si supiera la verdad, pensaría de otra manera, pero no pienso decírselo.

En aquel momento, se abrió la puerta. Un hombre entró en la estancia.

—Hola, Dagmar —saludó Bickford—. ¿Qué tal, Stuart?

—Hola, señor Bickford —contestó el joven.

Dagmar hizo una inclinación de cabeza.

—¿Cómo está, Harry?

—Bien, gracias. Dagmar, ¿puedo hablar con tu padre unos minutos?

—Sí, supongo que sí.

Smith agitó la mano.

—Ya me iba —dijo—. Adiós, señor Bickford.

El hombre respingó.

—Pero ¿qué pasa aquí? —exclamó.

—Nada de importancia. Adiós.

Smith se puso a silbar antes de cruzar la puerta. Bickford, desconcertado, miró a la muchacha.

—Dagmar, no entiendo nada...

—Hable con papá —cortó ella ásperamente.

—Muy bien, gracias.

Al quedarse sola, Dagmar se echó a llorar.

* * *

Tendido en el diván, con una lata de cerveza en la mano derecha y el cigarrillo en la otra, Smith miraba al techo. «Ugly» dormitaba sobre la alfombra, a su lado.

Las horas iban pasando lentamente. A pesar de todo.

Smith no podía quitarse de la cabeza los sucesos de que había sido protagonista en los últimos tiempos. Sobre todo, lo que más le preocupaba, era el último mensaje de Simoni.

La radio, abierta, pero en tono relativamente suave, emitía música ligera. De pronto, cesó la música y un locutor inició un boletín de noticias, una de las cuales se refería a la pérdida de un avión de la Marina en el Pacífico.

El locutor añadía que los barcos y aviones de rescate de la

Armada estaban operando en la zona, cuyas coordenadas geográficas facilitó también.

De repente, Smith dio un salto.

—¡Eureka!

«Ugly» ladró. Smith se puso en pie, terriblemente excitado.

—¿Cómo no he sabido verlo antes? —exclamó.

Inmediatamente, buscó un mapa, una regla y un lápiz. Añadió la tarjeta en la que estaban las cifras que le había dictado Simoni en sus últimos instantes y durante unos segundos hizo cálculos. Al fin, pudo trazar una cruz en el mapa.

—Ahí está —dijo.

Ahora ya conocía el escondite de Simoni, aunque la frase cabalística, «Abrete, Sésamo», le resultaba aún indescifrable. Pero cuando llegase a aquel lugar...

Tendría que hacerlo con suma discreción, se dijo. Era preciso que nadie supiera adónde iba, ni los esbirros de Simoni, ni Adela Korniss, ni Randall...

Súbitamente, algo parecido a un chispazo iluminó su mente. Era como si la luz se hubiese hecho en su cerebro, después de un largo período de oscuridad.

A pesar de todo, se dijo, debía confirmarlo. Había un medio infalible para ello.

Torció el gesto. Sabía que no sería bien recibido, pero, a pesar de todo, no quiso alterar su decisión.

Empezó a vestirse.

* * *

El señor Pelham se sorprendió muchísimo de ver a Smith en su casa.

—Y así es, señor —admitió Smith—. Sin embargo, al mismo tiempo que arrojaba a Dagmar a la piscina necesito ver a su hija durante unos minutos. —Ah, va a pedirle perdón— terció la madre de Dagmar.

—No, señora; no tengo nada de qué disculparme. Si acaso, su hija, pero no le pediré que se excuse.

Leif Pelham soltó una risita.

Menos mal que veo en esta casa a un hombre con un poco de

genio —comentó—. Está bien, haré que la llamen.

—Aunque, si se mira de otro modo, tampoco necesito verla —dijo el joven—. Pídale, simplemente, la fotografía de la fiesta en la residencia del señor Bickford, aquella del grupo en que aparece Winifred y que hice yo, al mismo tiempo que arrojaba a Dagmar a la piscina.

—Un incidente muy desagradable, si se me permite decirlo, señor Smith —manifestó la señora Pelham.

—Lo admito plenamente, señora.

Pelham había salido ya de la estancia y volvió a los pocos momentos.

—Dice que para qué quiere la fotografía —sonrió.

Smith apretó los labios.

—No pienso contestarla, señor —dijo—. Si quiere, puede darme la fotografía. De lo contrario, me iré inmediatamente, rogándoles perdón por la molestia.

—Se están portando de una manera muy extraña los dos —comentó la madre de Dagmar.

—Y a mí no me gusta hacer de correo, muchacho. ¿Por qué no sube directamente a su habitación y se lo dice? —propuso el padre.

Smith vaciló un momento.

—Sí, será lo mejor. A fin de cuentas, no tienen por qué hacer otras cosas que yo mismo puedo hacer —respondió.

En cuatro zancadas se plantó en el piso superior. Momentos después, llamaba a una puerta.

—Adelante.

Smith abrió. Dagmar se puso en pie y le miró, con ojos visiblemente enrojecidos por las lágrimas.

—¿Qué desea usted, señor Smith?

—La fotografía.

—¿Pue... puedo saber para qué la quiere?

—Si me promete ser discreta...

—Lo seré.

—Todavía no tengo formada una hipótesis plenamente coherente, pero estoy en condiciones de afirmar que esa fotografía es una prueba contra alguien que ha intervenido en estos asesinatos.

—¿Quién es?

Smith cerró la boca. Dagmar se resignó.

—Torne, aquí la tiene —dijo, a la vez que le entregaba la fotografía.

Smith la estudió con todo detenimiento y, al fin, se la devolvió a la joven.

—Guárdela con infinito cuidado —recomendó—. Y el negativo también, por supuesto.

—Pero... yo creí que quería llevársela... —dijo Dagmar, desconcertada.

—Me lo he pensado mejor. Yo tengo que hacer un pequeño viaje. Podría sucederme algo. Gracias.

Dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta. Dagmar corrió tras él.

Stuart, ¿adónde piensa ir?

—He descifrado el significado de las cifras que me dio Simoni.

—¿Es, cierto?

—Sí. —Smith se volvió un poco hacia ella—. Pensaba marchar hoy mismo, pero el viaje es un poco largo y llegaría de noche. Prefiero madrugar.

Dagmar le miró alejarse hacia la escalera. En aquel instante, se formó un propósito.

—No irás soto, dondequiera que sea —murmuró.

Smith se despidió cortésmente de los padres de la joven. Pelham le contempló mientras se alejaba.

—Me gustaría tenerlo como yerno —murmuró.

—Es un don nadie, Leif —protestó su esposa.

—Lo mismo que yo cuando te conocí a ti, me parece.

La señora Pelham se sofocó.

—¡Qué cosas tienes, Leif! Tú... eras distinto...

—Sí, era distinto —suspiró el señor Pelham, pensando en que ya habían transcurrido casi treinta años desde que conociera a la que ahora era su esposa—. Pero también muy parecido a ese joven, no sé si entiendes lo que quiero decirte.

En aquel momento, Smith conversaba con Winifred, con la que se había encontrado a mitad de camino, en el jardín.

—Creo que debo pedirte perdón, Stuart —dijo la chica.

—¿Por qué? —sonrió él—. No te he hecho nada...

—Pero yo sí, a usted —declaró Winifred con vehemencia—. Le consideré culpable, sin juzgarle siquiera, sin oír sus descargos... He

estado pensando mucho durante todo el día y he llegado a la conclusión de que todo caso tiene varios aspectos distintos. Por lo menos, dos. Y, qué diablos, a fin de cuentas, usted es joven, está bien... ¿Por qué no ha de darle gusto al cuerpo durante un ratito?

Smith se echó a reír.

—Winnie, eres encantadora —dijo—. Pero, en ese caso que tú dices, las apariencias engañan. Esa mujer vino a mi casa para poner en práctica un viejo refrán. «Se cazan más moscas con miel que con hiel».

—No entiendo —dijo la chica.

—Eres todavía un poco joven —se despidió él.

CAPÍTULO X

Aún no se habían disipado del todo las tinieblas nocturnas, cuando hizo unas caricias a «Ugly» y, con una bolsa de lona en las manos, se encaminó hacia el lugar donde estaba el garaje. Subió al coche y arrancó suavemente en marcha atrás. «Ugly», sentado sobre sus patas traseras, le miraba como frustrado por tener que quedarse en casa.

Un minuto después, Smith, por encima del hombro, dijo:

—Ya puedes salir. Dagmar.

Ella se incorporó vivamente, en el asiento posterior. —¡Sabías que iba a venir!— exclamó.

—Ayer por la tarde tiré el anzuelo. Hoy recojo la presa.

—Eres un fresco, un... un... Conmigo has empleado la curiosidad; con aquella furcia, la miel...

—¡Alto ahí! En eso sí que estás equivocada. Fue ella la que quiso utilizar la miel conmigo.

—No entiendo...

—Es bien fácil. Los dos gorilas de Simoni usaron la fuerza bruta y fracasaron. Ella pensó que había otros procedimientos mejores para conseguir lo que quieren. Por si no lo sabías, te diré que era la amante de Simoni, aquella que conocía a su hijo y supo advertir el enorme error cometido por el moribundo.

—Entonces fue a tu casa...

—Dijo que se había equivocado, pero aparte de que supe reconocerla, recordaba perfectamente que había cerrado con llave las dos puertas. Naturalmente, en cuanto le destapé el pastel, se largó.

—Pero ella estaba ya...

—Dagmar, convéncete. Adela entró en mi casa y se atavió para

hacerme el gran recibimiento. Simuló ofenderse porque le habían dado una dirección falsa un supuesto amigo, pero «ya que estoy aquí, vamos a aprovechar la ocasión», ¿eh? —dijo el joven, remedando la voz de Adela.

—Creo que comprendo —suspiró Dagmar—. Stuart, te pido perdón.

—Anda, pasa aquí delante —dijo él—. Por cierto, ¿has traído alguna prenda de abrigo?

—Un chaquetón y llevo pantalones y botas, pero también un vestido y zapatos en una maleta que está aquí.

—El chaquetón te vendrá bien. Por si no lo sabías, vamos a White Summit.

—¿La estación invernal? —Justamente. Las cifras que me dio Simoni son las coordenadas geográficas de su posición, en longitud y latitud, y expresadas en grados, minutos y segundos de arco.

Dagmar se situó al fin junto a Smith y se abrochó el cinturón de seguridad.

—Y, ¿qué significa «Abrete, Sésamo»?

—Ah, eso lo sabremos cuando estemos allí. Espero —contestó Smith.

* * *

—Hay mucha nieve y el camino hasta la cima está bloqueado —dijo el empleado con evidente desgana—. El motor del remonte superior está en revisión, de modo que no sé cómo conseguirán llegar hasta arriba.

Smith contuvo una interjección. Cinco horas de viaje, les habían llevado a una situación muy próxima al fracaso.

—Oiga —dijo—, aquí solía venir un tal Simoni, ¿verdad?

Apoyó la pregunta con un billete de veinte dólares y el hombre sonrió.

—Tiene una cabaña allá arriba, a la izquierda de la caseta del motor superior. Mírela —dijo.

El edificio estaba a unos seiscientos metros del lugar indicado y era una mancha oscura en la infinita blancura de la nieve. Pero la distancia hasta allí era de más de dos kilómetros.

La carretera acababa en aquel punto. Imposible subir con el

coche, se dijo Smith.

A su lado, Dagmar callaba, pendiente de sus decisiones. De repente, Smith vio algo que le hizo concebir nuevas esperanzas.

Allí, en la explanada, había dos tractores con orugas, de los empleados especialmente en la nieve. Sin pensárselo dos veces, sacó otro billete y lo puso en la mano del, sujeto. —Le alquilo uno de esos cacharros— dijo.

—¿Sabe manejarlos? —dudó el empleado.

—He trabajado años en Sun Valley —mintió Smith descaradamente—. Vamos, Dagmar.

La joven se sentía estupefacta y más aún cuando vio que el tractor iniciaba la marcha.

—¿Dónde has aprendido el manejo de estos cacharros? —exclamó.

—Oh, a veces, en la Infantería de Marina, también se utilizan. No son muy diferentes de éstos —contestó él, un tanto displicente.

Las orugas mordían la nieve y permitían un ascenso relativamente rápido. Smith se desvió de la línea señalada por los postes que sustentaban los cables del remonte mecánico, dirigiéndose rectamente a la cabaña de Simoni.

—Debía de ser muy aficionado al esquí, ¿no te parece? —comentó.

Dagmar tenía la cabeza vuelta hacia atrás.

—¿Qué miras? —preguntó el joven.

—Nada. Me había equivocado —respondió ella.

—¿Cómo?

—Durante parte del viaje, tuve la sensación de que nos seguían. Recuerda, había traído una bolsa con bocadillos y un termo con café, a fin de no perder tiempo parándonos en alguna cafetería del camino. Me volví algunas veces y vi un coche negro, pero ya tendría que estar aquí, si nos persiguiesen de veras.

—Coincidimos durante un trecho, eso es todo.

Minutos más tarde, Smith paraba el tractor frente a la cabaña, provista de una veranda en la fachada delantera. Junto a la esquina izquierda, según su posición, vio un trineo cubierto a medias por la nieve.

La puerta estaba cerrada con llave. Smith la abrió de un puntapié.

—Eres expeditivo —observó Dagmar.

—Los únicos que podrían quejarse están muertos —respondió él—. Bien, vamos a ver qué encontramos aquí. Empieza por abrir todas las ventanas, ¿quieres?

La cabaña estaba agradablemente decorada. Al menos, el difunto Simoni había tenido buen gusto, reconoció el joven para sí. Se preguntó dónde podría estar el escondite y qué habría en él.

El registro duró escasamente diez minutos. Smith estaba en uno de los dormitorios, cuando, de repente, oyó la voz de Dagmar:

—¡Stuart, ven, por favor!

El joven acudió a la carrera. Dagmar, orgullosa, le señalaba una caja fuerte empotrada en un muro de piedra, precisamente el de la chimenea. El cuadro que ocultaba la caja aparecía a un lado.

Smith se acercó lentamente.

—Tenemos el escondite, pero no sabemos cómo abrirlo —dijo.

—Mi padre conoce a un experto en cajas de caudales. Podríamos volver otro día —apuntó ella.

Smith no contestó. Sus ojos estaban fijos en la pulida superficie de la caja fuerte, en la que, con gran asombro, apreció no se veía ruedecilla de la combinación ni manija de apertura.

—O una palanca de hierro, tal vez —sugirió Dagmar esperanzadamente.

El joven hizo un gesto negativo.

—Nunca he visto una caja fuerte de ésa ciase —dijo.

—Es verdad —contestó ella—. Sin manija, sin rueda de cifras...

De pronto, Smith apreció una delgadísima ranura, bajo el borde inferior de la puerta. Medía menos de un centímetro de ancho, por cinco de longitud y, al verla, concibió una idea.

Tomó aire y gritó:

—¡«Abrete, Sésamo»!

Dagmar le miró como si estuviese loco. Pero casi en el mismo instante, se oyó un chasquido.

Dagmar chilló. La puerta de la caja giraba sobre sí misma, sin necesidad de la intervención de una mano humana.

Y el interior quedó al descubierto.

Smith terminó de llenar la bolsa que había encontrado en un armario, con todo lo que contenía la caja fuerte. Ajustó los cierres y miró sonriendo a la joven.

—Hará mucho ruido —dijo.

—Seguro —convino Dagmar.

—Muy bien, lo mejor será que nos vayamos. Sin prisas, podemos estar de vuelta en casa a la hora de la cena.

—En mi casa —puntualizó ella, expectante, por la respuesta del joven.

—¿Por qué no? —aceptó él.

Dagmar echó a andar hacia la puerta, mientras él se colgaba la bolsa del hombro izquierdo. De repente, Dagmar lanzó un grito:

—¡Stuart, viene alguien!

Smith corrió hacia la puerta. El ruido del motor de un tractor que subía a la máxima velocidad permitida por la pendiente, era claramente perceptible en el silencio de las cumbres nevadas.

—Tenías razón, nos han estado siguiendo —dijo.

—Pero ¡si casi los teníamos pegados a la cola del coche!

—Seguramente tuvieron avería. O un pinchazo, y eso los retrasó. El caso es. —Smith se mordió los labios—, bueno, tendrán armas, nosotros estamos desarmados... y nos cierran el camino.

El tractor estaba ya a cien metros. Bruscamente, Smith agarró la mano de la joven y tiró de ella.

—Ven.

Dagmar le siguió en el acto. Smith fue a uno de los dormitorios posteriores y abrió la ventana.

—Salta.

Dagmar no se hizo de rogar, Ella siguió inmediatamente.

Permanecieron agazapados durante unos momentos, hasta que oyeron que cesaba el ruido del tractor. Alguien gritó:

—¡Están dentro! ¡No les dejen escapar!

Smith tiró de la muchacha. La nieve apagaba sus pasos, lo que les permitió llegar sin dificultades a la esquina opuesta. En aquella fachada lateral, la de la chimenea, no había ventanas, lo que significaba un tanto a su favor.

Muy despacio, se acercaron al trineo. Smith despejó rápidamente la nieve con las manos.

—Siéntate, yo empujaré —cuchicheó.

Dagmar obedeció. Smith le puso la bolsa en las piernas. Se oían voces destempladas en el interior de la cabaña.

Smith empujó. Poco a poco, el trineo empezó a ganar velocidad. Cuando estuvo de lleno en la pendiente, él saltó sobre el vehículo.

El trineo aceleró rápidamente. De pronto se oyeron gritos:

—¡Se escapan!

Sonó un disparo.

—¡Quieto, imbécil! ¡Aquí no! —bramó alguien—. ¡Vamos, pronto, al tractor!

El viento silbaba agudamente en las orejas de los dos jóvenes. La velocidad del trineo se incrementaba a cada metro que recorría.

En poco más de dos minutos, salvaron la distancia que había hasta la explanada. Smith frenó con los pies, levantando enormes chorros de nieve, ante el asombro del empleado, que había aparecido al verlos llegar de aquella forma.

—Pero ¿se han vuelto locos?

Smith saltó del trineo y recuperó la bolsa. Miró hacia arriba; el segundo tractor había iniciado ya el camino de regreso.

—Amigo, le aconsejo se pierda de vista un buen rato —dijo.

—Esos tipos no me han gustado nada —gruñó el hombre.

—Por eso, por eso —sonrió Smith.

Al volverse, vio que Dagmar había desaparecido y se alarmó. Pero la joven se irguió casi en el acto, detrás de un automóvil.

—Estoy deshinchándoles las ruedas —exclamó.

—¡Buena idea!

El tractor con los perseguidores estaba todavía a mil metros de distancia. Un automóvil salió disparado en aquel instante; era el del empleado, que había estimado sumamente acertado el consejo de Smith.

Momentos después, el coche de los perseguidores tenía las cuatro llantas en el suelo. Smith arrojó la bolsa al asiento posterior y se puso tras el volante.

—¿Lista?

Dagmar sonrió.

—Estás invitado a cenar esta noche en mi casa —dijo.

—Acepto encantado —contestó él, a la vez que accionaba la llave de contacto.

CAPÍTULO XI

—Ha sido un día muy movido —suspiró Smith, mientras aceptaba la copa que le tendía el señor Pelham.

—Joven, no es que quiera interferir en su vida, pero me parece que está poniendo en peligro la de mi hija —declaró Pelham con cierta severidad.

—Lo siento, señor; pero, en esta ocasión, fue Dagmar la que quiso acompañarme. —A ella también le diré unas cuantas cosas. El hecho de que solicitásemos su colaboración para evitar la jugada de Broxton, no le da derecho a realizar ciertas operaciones, señor Smith.

—Repito que lo lamento muchísimo, señor. Pero, por fortuna, puedo asegurarle que todo está ya solucionado.

—¿De veras? —preguntó Pelham, muy interesado.

—Sí señor.

—¿Y Broxton?

—Sin jactancias, señor: es pato muerto.

La señora Pelham apareció en aquel instante, ataviada con traje de noche.

—Joven, ¿es cierto que se va a casar con mi hija? —preguntó.

Smith respingó. Dudó un momento y luego sonrió.

—Tranquilícese, señora; nunca me han gustado las mujeres con mal genio.

Pelham soltó una atronadora carcajada.

—Ethel, este muchacho ha sabido conocer a Dagmar mucho más rápidamente que nosotros —exclamó.

—¿Quién está hablando de mí mal genio?

Smith se volvió. Dagmar descendía en aquel instante del piso superior.

—Yo —contestó sin pestañear.

Pelham agarró el brazo de su esposa.

—Bueno, nosotros estamos invitados a una fiesta —dijo.

Dagmar y Smith quedaron frente a frente.

—De modo que tengo mal genio —dijo ella.

—Insoportable.

—Tú me sacaste de quicio...

—Ni siquiera quisiste atender a razones. Luego reconociste tu error, pero ya era tarde.

—Bueno, es que...

—Dagmar, yo te había visto siempre como una especie de diosa en una nube de oro. Esa imagen empezó a romperse el día en que te tiré involuntariamente a la piscina. Y se deshizo del todo, cuando fuiste a buscar a tu hermana, mientras hacíamos *jogging*.

Dagmar se puso colorada.

—Tengo esos arranques, en efecto —admitió—. Pero te pido disculpas. Trató de corregirme, Stuart.

—Lo celebro, pero a mí no me pillarás en otra —contestó él—. Suponiendo que nos casáramos, que ya es suponer...

—¿Eh, quién está aquí hablando de boda? —exclamó Winifred, irrumpiendo de pronto en el salón.

—Nadie, Winnie. Lo mencionábamos, pero como una posibilidad que no se realizará.

—Lastimoso —suspiró la chica—. Dagmar no podría encontrar mejor esposo que tú.

—¡Cállate, Winnie! —dijo la aludida, muy sulfurada.

—¿Lo ves? —sonrió Smith.

Dagmar agachó la cabeza.

—¿Y si yo te prometiese...?

—¡Tengo hambre! —exclamó Winnie—. ¿Es que en esta casa no se cena?

—Yo no quiero cenar —gritó Dagmar, a la vez que echaba a correr hacia la puerta.

Winifred sonrió maliciosamente.

—La tienes muertecita por tus huesos, Stuart —dijo, colgándose de su brazo—. Vamos, la cena está servida.

—Sí, yo también tengo apetito —convino el joven con una sonrisa.

—Mientras cenamos, me contarás las aventuras que habéis corrido hoy. ¿Verdad? Dagmar me ha dicho algo, aunque no ha sido muy explícita. ¡Debió de ser emocionante!

—Un poco, en efecto.

Momentos después, estaban en el comedor. Una doncella les sirvió la cena. Smith y Winifred comieron con excelente apetito. Al terminar, Winifred pidió café.

—Bueno, habla, Stuart —invirtió.

Smith encendió un cigarrillo. Winifred le escuchaba con suma atención, sin atreverse a respirar siquiera. Al terminar, dijo:

—Habría dado algo bueno por estar con vosotros, Stuart.

—No me habría gustado —contestó él—. Pero, al menos, ya se ha pasado todo...

Dagmar apareció de pronto en el umbral.

—Winnie, por favor, quiero hablar con el señor Smith —manifestó.

La chica se puso en pie de inmediato. Miró sucesivamente a los dos, sonrió, maliciosa, y echó a andar hacia la puerta.

—Sí, claro, os dejo solos con mucho gusto. Stuart, ¿me levanto mañana a las cinco y media?

—Luego te lo diré —contestó él.

Después de la marcha de Winifred, sobrevino un momento de silencio. Luego, Dagmar avanzó lentamente hacia el joven.

—Stuart, quiero ser absolutamente sincera contigo —declaró.

Smith se sirvió una copa de coñac.

—Lo celebro —dijo.

—Es verdad lo que has dicho de mi mal genio —empezó Dagmar a hablar, muy tensa—. Pero no es frecuente y tú también deberías tener en cuenta las circunstancias actuales. Cuando me tiraste a la piscina, había sorprendido a Winifred con un cigarrillo de marihuana encendido. Tú también te habrías enfadado muchísimo, en mi caso, creo.

—Sí, tienes razón.

—Luego... cuando vi a la señora Korniss con aquel atavío. Lo confieso, me puse frenética. Además, veía a Winnie que tenía tu nombre en la boca constantemente...

—Tienes que aprender a dominar tus sentimientos; es preciso que aprendas a analizar las cosas a fondo, antes de tomar una

decisión. Comprendo que muchas veces resulta difícil y que no siempre se consigue, pero debes pensar que no eres como las demás mujeres.

—¿Cómo soy, Stuart?

—La única... para mí.

Dagmar respingó ligeramente al sentir los brazos masculinos que se cerraban en torno a su cintura. Pero reaccionó en el acto y se colgó del cuello del joven.

—No soy alto, ni guapo, ni rico...

—Eres el único para mí, Stuart —declaró Dagmar apasionadamente—. Ello te convierte en un hombre, alto, apuesto, rico...

Smith hizo callar a la joven con un beso.

Sentíase en el mejor de los mundos, en un auténtico paraíso. Dagmar era suya y lo sería mientras viviesen.

Durante unos segundos, desapareció absolutamente cuanto les rodeaba. Pero, de pronto, volvieron a la realidad, al oír una voz muy poco agradable:

—Una escena realmente enternecedora, señor Smith, señorita Pelham. Por favor, ustedes tienen algo que me interesa muchísimo y espero me lo entreguen de inmediato.

En caso contrario...

Smith y Dagmar se separaron instantáneamente.

Ella se sintió aterrada. Winifred, muy pálida, estaba sujeta de un brazo por una mano. La otra empuñaba un revólver, cuyo cañón se apoyaba directamente en su sien.

El hombre que había hablado era Randall y estaba allí con dos de sus secuaces, uno de los cuales era el que amenazaba a la chica con su arma.

* * *

Smith movió una mano.

—No temas, Winnie, no te harán nada —dijo—. Randall, estoy dispuesto de antemano a aceptar todas sus condiciones —añadió.

—Es rápido de comprensión, amigo —contestó el sujeto—. Me gustan los hombres como usted.

—Debe de ser gay —dijo Winifred.

Smith contuvo una sonrisa. Randall enarcó las cejas.

—Esta chica tiene mucho desparpajo —comentó el segundo.

—Déjela. Sé lo que quiere. Se lo daré íntegro. Está todo lo que hemos encontrado en la cabaña de Simoni —dijo Smith.

—¿Todo?

—Dos libretas con muchas anotaciones, un buen puñado de documentos y quinientos billetes de a mil. Creo que es un buen rescate por la muchacha.

Randall pareció sentirse receloso, pero acabó por acceder.

—De acuerdo —dijo—. ¿Dónde está todo eso?

Smith señaló una bolsa que se encontraba sobre una silla.

—Solly, mira a ver si es cierto lo que dice nuestro amigo —ordenó Randall.

—No me insulte, por favor —rogó el joven ásperamente—. No soy amigo de ningún asesino.

Randall se encogió de hombros. Solly abrió la bolsa y hurgó unos instantes en su interior.

—Ha dicho la verdad, jefe —exclamó.

—Bien. Ross, suelta a la chica.

Winifred quedó libre y corrió a unirse a su hermana. Randall inició la retirada, con la sonrisa en los labios.

Solly estaba a su lado, sosteniendo la bolsa con ambas manos.

—Antes de que se vaya, Randall, una pregunta, por favor —dijo Smith.

—¿Sí?

—¿Por qué mató a Brown? Aunque lo negó, sé que lo hizo usted.

—¿De veras quiere la respuesta?

—Se lo ruego.

—Usted encontró algo muy interesante. Brown también lo quería. Y no es el único, pero yo he ganado la partida —declaró Randall.

—Hay una competencia terrible en ciertos negocios —sonrió Smith.

—No se lo puede figurar —contestó el asesino, riendo desaforadamente.

—Quizá la policía encuentre una «Riot Gun» en el maletero de su coche —dijo el joven.

Smith frunció el ceño.

—Me parece que, como dijo aquél, sabe usted demasiado —gruñó.

Vaciló un momento y agregó:

—De todos modos, poco importa. Hemos cortado el teléfono; pensamos abandonar el país inmediatamente. La policía no podrá darnos alcance.

—Buen viaje —dijo Smith fríamente.

Randall hizo un gesto con la mano.

—Vámonos, muchachos.

Los tres hombres abandonaron la estancia. Pero, en el mismo instante, se oyó una estruendosa salva de disparos.

Sonaron algunos gritos de agonía. Smith hizo que las dos hermanas se agazaparan bajo la mesa. El joven se sentía terriblemente sorprendido por el tiroteo.

De pronto, se abrió la puerta. Un hombre apareció en el umbral.

Smith creyó que soñaba.

—¡Simoni! —exclamó.

El *gángster* sonrió.

—Yo mismo, joven —dijo—. Vivito y coleando, por fortuna, cosa que no pueden decir esos tres bastardos que están en el vestíbulo.

—No entiendo nada... Yo le dejé muerto...

—Y Dino y Ralph, y la zorra de Adela Korniss. Saquearon lo poco que de valor había en la casa, y se marcharon inmediatamente, sin quedarse siquiera a velar mi «cadáver». Lou fue el único que me permaneció fiel y, como puede comprender, se sorprendió muchísimo más tarde, cuando me vio despierto nuevamente. La herida resultó ser menos grave de lo que parecía, aunque tardé mucho en curarme. Naturalmente, estuve bien oculto; no sentía el menor deseo de que alguien completase la tarea que no había podido concluir la primera vez.

Los ojos de Simoni centellearon de ira.

—Ese bastardo, Randall, fue el que ordenó asesinar a mi hijo, aunque lo hicieron Brown y los suyos. Admito que Tonio estaba disconforme con mis métodos, pero por eso mismo, no.

—Se pasó una mano por la frente. —Pero ¿de qué sirve ya volver sobre algo pasado?

Hizo una corta pausa.

—Usted supo adivinar el secreto de la caja fuerte de White

Summit —dijo a poco.

—Sí, señor —admitió Smith—. Le felicito por el sistema de apertura, muy ingenioso.

—¿Verdad que sí? —sonrió Simoni—. Lo hizo un ingeniero amigo mío. La voz humana pone en funcionamiento una pequeña grabadora y la cinta, al moverse en el interior de la caja fuerte, y en determinado punto de su recorrido, un trozo de la misma, transparentado al efecto, actúa sobre una célula fotoeléctrica, la cual acciona el sistema de apertura. Antes de cerrar, lógicamente, es preciso rebobinar la cinta y volverla a su situación primitiva.

—Muy ingenioso, en efecto —convino Smith—. Ahora, supongo, se irá a gozar de su botín...

Simoni emitió una siniestra risita.

—Muchos lo van a pagar caro —vaticinó—. Lou, ¿estás listo?

—Sí, jefe —sonó en el Vestíbulo la aflautada voz del gigante.

Simonio agitó una mano.

—Adiós, «hijo» —se despidió.

—¡Puah! —Hizo él joven.

Simoni y el gigante corrieron hacia la salida. Cuando abrían la puerta, un chorro de luz cayó sobre ellos, a la vez que se oía una voz atronadora.

—¡Policía! ¡Alto! ¡Levanten las manos y entréguese!

Lou sacó su pistola. Simoni intentó impedirselo, pero sus gestos no fueron bien interpretados por los agentes que había en el exterior del jardín de la casa. Una atronadora salva de disparos derribó a los dos hombres ante la misma entrada de la residencia.

CAPÍTULO XII

—A pesar de todo, el caso no está concluido —dijo Smith.

Dagmar, todavía pálida por las emociones sufridas, le miró inquisitivamente.

—Sube a tu habitación y dame la fotografía de la fiesta —dijo.

Ella obedeció. La casa estaba llena de agentes de la policía.

—Hemos pasado un mal trago, ¿verdad, Winifred?

—Admiro tu sangre fría, Stuart. Yo no sé si en tu lugar hubiera sabido estar tan tranquila.

—Bueno, los nervios no me iban a servir de nada...

Dagmar llegó en aquel momento con la fotografía.

—Gracias —dijo Smith—. Tengo que marcharme.

—Debería ir contigo...

—Ni lo sueñes. Tienes que estar aquí, para cuando vuelvan tus padres. —Smith levantó los ojos al cielo—. Me van a poner de vuelta y media —se lamentó—. Yo les haré ver la realidad —aseguró Dagmar.

Smith se acercó a uno de los policías, vestido de paisano.

—¿Teniente Grover?

El hombre se volvió, sonriendo.

—Ah, debo darle las gracias, señor Smith —dijo—. Gracias a usted hemos realizado una importante operación policíaca. Ciertamente, son cinco muertos, pero nadie les echará de menos.

—Por supuesto, y yo también debo darles las gracias por su llegada tan oportuna, teniente.

—Bueno todo se debe al agente de patrulla en la zona. Vio a unos tipos sospechosos entrar en la casa y se acercó a investigar. Cuando se dio cuenta de lo que sucedía, corrió a la radio de su coche y nos avisó. Le di orden de que no hiciera nada hasta mi

llegada y...

—Sí, teniente, ha actuado usted muy acertadamente. Y ahora, ¿me permite hacerle una oferta? —Diga, señor Smith.

—Todavía quedan dos asesinatos por resolver. Ed Quillan y Frankie Logan. ¿Le gustaría atrapar al asesino?

Grover entornó los ojos.

—No lo dude —contestó—. Pero ¿qué sabe usted al respecto?

Smith agitó la mano.

—Tenga la bondad de seguirme, teniente —rogó cortésmente.

* * *

Harry Bickford arqueó las cejas al reconocer a su visitante.

—Señor Smith —exclamó.

—Hola —dijo el joven—. ¿Puedo pasar?

Bickford hizo una mueca.

—¿A estas horas?

—Son sólo las diez de la noche, señor. Y no le entretendré mucho tiempo.

—Muy bien, entre.

Bickford fue hacia un bar bien provisto y preparo dos vasos.

—Yo no bebo, señor —dijo Smith.

—Le ruego sea rápido, Stuart. Tengo sueño; ya iba a acostarme —manifestó secamente el dueño de la casa.

Smith avanzó hacia él y puso la fotografía sobre el bar. Bickford la vio y palideció espantosamente.

—¿Qué... qué quiere decir esto? —preguntó.

—Muy sencillo. Es la prueba de sus relaciones con un tipo llamado Neale Randall, un asesino despiadado, que ha muerto hace un par de horas. Randall fue a verle a usted la noche de la fiesta, pero no entró por la puerta principal, sino a través del seto que delimita su jardín en el lugar en que, precisamente, fueron sorprendidos por el *flash* de la cámara fotográfica que yo manejaba en aquellos momentos.

—Eso no quiere decir nada, Stuart.

—¿De veras? Se sabrán muchas cosas cuando se investigue el estado financiero de sus negocios. Entre las ropas de Randall se ha encontrado una agenda con su nombre, dirección y número de

teléfono. La policía está investigando ahora en casa de Randall y, seguramente, encontrará más datos comprometedores.

—Randall me hacía chantaje —se defendió Bickford.

—Y usted se enteró, por él, de la existencia de una gran suma de dinero en alguna parte, escondida por Simoni. Quiso conseguirla por su parte, y contrató para ello a dos tipos llamados Quillan y Regan, pero era, es, un tanto inexperto en estos asuntos, y esos sujetos pidieron más dinero del convenido en un principio, amenazándole con ir a la policía, si no cedía a sus pretensiones. Pero ya no tenía dinero, no podía darles nada y aún no sabía cuándo se encontraría el botín de Simoni.

»Por otra parte, quería espiar a Dagmar. Nos había visto juntos en ocasiones; sabía que yo estaba metido de lleno en este asunto, porque se lo había dicho Randall. Pero apenas tuvo tiempo de poner en práctica su plan, porque Quillan y Regan se le sublevaron y tuvo que eliminarlos, uno a uno, por supuesto.

—Demuéstrelo —dijo Bickford orgullosamente.

—En alguna parte, tiene una pistola con silenciador, seguramente, proporcionada por Randall.

—Es cierto, Stuart.

Bickford alargó la mano por encima del bar y sacó la pistola, con la que encañonó al joven de inmediato.

—No lo repetirá a nadie —dijo furiosamente.

De súbito, se oyó una voz perentoria:

—¡Tire el arma!

Bickford se volvió, terriblemente sobresaltado. Grover, en la puerta, le encañonaba con su revólver de reglamento.

Enloquecido de furia, hizo un disparo. Grover se ladeó a la izquierda y disparó a su vez.

Bickford saltó hacia atrás, con el hombro izquierdo perforado por un balazo.

Dos hombres de uniforme entraron acto seguido.

—Llamen a una ambulancia —ordenó Grover, a la vez que volvía el revólver a la funda. Uno de los policías estaba ya utilizando el teléfono. El otro trataba de contener la hemorragia del herido.

—Señor Smith, en la policía estamos faltos de buenos investigadores como usted —dijo.

—Tengo ya un empleo —contestó.

El vaso de Bickford estaba aún intacto y se apoderó de él. —Y voy a brindar a la salud de ese empleo— añadió.

* * *

Andrew Broxton llegó a la mañana siguiente, saludando con meliflua cortesía a todo el mundo, como era su costumbre. Le extrañó no ver a Smith en su sitio, pero no hizo el menor comentario.

Llegó a su despacho y abrió la puerta. Sentado detrás de su mesa, alguien leía el periódico, completamente desplegado.

Broxton tosió.

—Ejem, ejem... Caballero, si no es usted el señor Pelham, sospecho que se ha equivocado de despacho.

Smith apartó el diario a un lado y emitió una brillante sonrisa.

—No me he equivocado de despacho —dijo—. Éste será el mío de ahora en adelante. —¿Quiere decir que me han despedido? No pueden hacerlo. Usted quizá no lo sepa, mejor dicho, ignora en absoluto las condiciones en que yo fui contratado...

—Andresito, mire estos libros que tengo a mi izquierda —dijo el joven plácidamente—. Como verá, tengo otros a mi derecha. Adivine qué libros son los buenos y cuáles son los malos.

La cara de Broxton se puso gris. Smith movió la cabeza varias veces.

—Sí, amigo —continuó—, mientras usted llevaba una contabilidad a su conveniencia, que le habría permitido desfalcar medio millón de dólares, yo llevaba la auténtica, por encargo de la señorita Pelham. La falsificación es evidente y los libros están aquí, como pruebas para ser presentados en un tribunal.

Smith se miró las uñas, echó aliento y las frotó contra la solapa de su traje.

—Ahora bien —continuó— puede ahorrarse una docenita de años, en San Quintín, entregándome una fotografía y un negativo que tiene en su poder. No tiene otra alternativa, Andresito.

Broxton se desmoronó.

—Se lo daré..., pero, por favor, no me denuncie...

Broxton sacó su billetera y extrajo de la misma una fotografía y

un negativo de película, que dejó sobre la mesa. Smith los guardó en un bolsillo y sonrió.

—Y ahora, vamos a caja —dijo—. Quiero enseñarle nuestro nuevo sistema de pago por despido.

Broxton no intentó resistirse siquiera. Dos puertas más adelante, Smith se retrasó un poco. Ya estaban en la oficina principal, en la que trabajaban dos docenas de personas.

Entonces, levantó el pie derecho y lo aplicó con todas sus fuerzas en las nalgas del sujeto. Broxton chilló y rodó por tierra, en medio de la estupefacción de todos los presentes.

—¡Ése es nuestro nuevo sistema de pago! —exclamó Smith.

Broxton escapó a gatas. Smith se volvió en redondo.

—Pero sólo pagamos así a los pillos y estafadores —añadió, para que pudiera oírle todo el mundo y nadie pudiera pensar más adelante que, porque iba a casarse con Dagmar, se había convertido en un capataz de esclavos.

* * *

La ceremonia fue muy emocionante y se desarrolló con el lujo y la pompa requeridos por la señora Pelham. Winifred, de rosa, encabezaba el cortejo de damas de honor, que seguían a la novia, en su camino hasta el altar.

Los asistentes vieron a un horrible chuchó, atado al parachoques de un automóvil parado frente a la iglesia, pero no le concedieron excesiva importancia. «Ugly», filósofo, aguardó paciente a que pasara todo aquel jaleo en que se había metido su amo.

La capilla estaba casi en las afueras de la ciudad y era allí donde solían celebrarse las bodas más encopetadas. Winifred fue la primera en besar y abrazar a su hermana, una vez terminada la ceremonia.

Ethel Pelham derramó las lagrimitas de costumbre. A su lado, el señor Pelham procuraba no mostrar *exteriormente* la emoción que sentía.

—Será un buen yerno —decía, a todo el que quería escucharle—. Ha empezado como yo, partiendo de la nada...

Cuando terminó el rosario de abrazos, besos y felicitaciones, los novios corrieron hacia uno de los departamentos interiores de la

capilla.

Algunos se escandalizaron de tal actitud.

—Pero ¿tanta prisa tienen?

Ni siquiera los padres de Dagmar sabían lo qué ocurría, Únicamente Winifred estaba en el secreto, pero no lo quiso decir a nadie, gozándose de antemano con la sorpresa que iban a llevarse los invitados.

De pronto, sonó un «Oh» de asombro, Ethel Pelham estuvo a punto de desmayarse.

Los nuevos señores Smith aparecieron, ataviados con una vestimenta casi idéntica: sombrero de anchas alas, camisa a cuadros y pantalones vaqueros, con botas camperas.

Ambos llevaban a la espalda sendas mochilas.

El señor Pelham adivinó inmediatamente las intenciones de los flamantes esposos.

—Os envidio, chicos —dijo, sinceramente.

—Dagmar, os había reservado habitaciones en el Astoria, de Nueva York, el Carlton, de Londres, el Ritz, de París... —gimoteó la señora Pelham.

—Hemos contratado una habitación mucho mejor, mamá —dijo Dagmar, antes de darle el beso de despedida.

—Tiene muchas estrellas y perfume de flores silvestres —terció Winifred.

Smith le guiñó un ojo.

—Es la exacta descripción de nuestra habitación en la luna de miel —confirmó.

Abriéndose paso entre los invitados, consiguieron llegar a la calle. Smith desató al perro.

—Vamos, «Ugly» —exclamó.

«Ugly» ladró y empezó a saltar en torno a la pareja. Unidos de la mano, Smith y Dagmar iniciaron el camino hacia su eterna felicidad.

—De todos modos, aunque los novios no estén presentes para partir la tarta nupcial, el banquete de bodas no se suspende —anunció el señor Pelham.

Miró a la pareja y sonrió.

—Ethel, si tú y yo tuviéramos treinta años menos...

—Es un ejemplo digno de imitar —exclamó Winifred—. Haré

exactamente lo mismo el día que me case. No sé cuándo será, pero lo haré.

Los esposos se volvieron a poco y agitaron las manos. Winifred saltó un par de veces.

—Felicidades —gritó.

Momentos después, Smith y Dagmar desaparecían al otro lado de unos árboles.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA

. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.